

# Unidad y Carismas

## Santificarse juntos

La santidad que nace  
de la espiritualidad de comunión

---

*Fabio Ciardi, o.m.i.*

Santificarse juntos: el testimonio de Chiara Lubich

---

*Lucía Abignente*

Juan Bosco: una santidad compartida

---

*Eugenio González, s.d.b.*

Grupos de Palabra de Vida y comunidades locales:

«No hay experiencia pequeña»

---

*Pepe París, f.d.p. - M. Nieves Vázquez*

Camino de unidad entre Movimientos Eclesiales  
y Asociaciones de la Iglesia:

Carismas al servicio de todos

---

*María Dolores Redondo*

N.º 82/2012

---

Abril - Junio

  
Ciudad Nueva

## Revista trimestral de espiritualidad y comunión

### Edición española

Edita: Movimiento de los Focolares (R-2800178-B)  
Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid

**Consejo de redacción:** Carlos García Andrade, c.m.f.; Joaquín M<sup>a</sup> Vicente, o.carm; José Luis Belver, o.s.a.; Juan Gil, o. carm; José Damián Gaitán, o.c.d.; Santiago Sierra, o.s.a.

**Administración:** Joaquín M<sup>a</sup> Vicente, o.carm. Ayala, 35. 28001 Madrid.  
Tel. 914351660 - Fax 914351786 - e-mail: [redaccion@unidadycarismas.es](mailto:redaccion@unidadycarismas.es)

**Composición:** José Luis Belver, o.s.a. [www.unidadycarismas.es](http://www.unidadycarismas.es)

### Edición italiana

«Unità e Carismi», Fabio Ciardi, o.m.i.,  
Via della Selvotta, 25  
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.  
[unitaekarismi@cittanuova.it](mailto:unitaekarismi@cittanuova.it)

### Edición inglesa (Asia, África)

«Charisms in Unity», Conrad Sciberras,  
mssp, Via della Salvotta, 25  
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.

### Edición francesa

«Unitè et Charismes», Roger Bourcier, fsg  
10, av. Rémy René-Bazin  
85290 St-Laurent-sur-Sevre, Francia  
[unitecharismes@focolari.fr](mailto:unitecharismes@focolari.fr)

### Edición portuguesa

«Unidade e Carismas», Germano van de Meer, s.v.d.  
C.P. 18 - 06730-970 Vargem Grande Paulista SP, Brasil  
[centrofoco@uol.com.br](mailto:centrofoco@uol.com.br)

### Edición alemana

«charismen. Ordenschristen in Kirche und Gesellschaft», Hans Schalk, cssr  
Kaulbachstrasse 47  
D - 80539 München, Alemania  
[schalk@redmuc.de](mailto:schalk@redmuc.de)

### Edición eslovena

«Edinost in Karizme», Anton Nadrah, o.cist.,  
Cistercijanska opatija Sticna  
61295 Ivancna Gorica, Eslovenia

### Edición polaca

«Jednosc i Charyzmaty», Ludwik Mycielski, o.s.b.  
Biskupow 72 PL  
48-355 Burgrabice, Polonia  
[ludwik@benedyktyni-biskupow.org](mailto:ludwik@benedyktyni-biskupow.org)

## SANTIFICARSE JUNTOS

### Editorial

---

Santificarse juntos *José Damián Gaitán, o.c.d.* 4

### Perspectivas

---

La santidad que nace  
de la espiritualidad de comunión *Fabio Ciardi, o.m.i.* 6

Santificarse juntos: el testimonio de Chiara Lubich *Lucía Abignente* 12

### Testigos

---

Renata Borlone o el fuego de la unidad *Lida Cicarelli* 18

Juan Bosco: una santidad compartida *Eugenio González, s.d.b.* 23

Rocca di Papa, una tumba especial *Cristina Negro - Corrado Martino* 26

### Experiencias

---

Grupos de Palabra de Vida y comunidades locales:

«No hay experiencia pequeña» *Pepe París, f.d.p. - M. Nieves Vázquez* 30

En el rostro del más pequeño *Antonietta Urdi, s.f.p.* 34

La belleza de comunicar el alma *Andrea Patané, f.f.m.* 37

### Nuevos horizontes

---

Camino de unidad entre Movimientos Eclesiales  
y Asociaciones de la Iglesia:

Carismas al servicio de todos *María Dolores Redondo* 39

# Santificarse juntos

CON ocasión de su 85 cumpleaños, Benedicto XVI tuvo a mediados de mayo un almuerzo con los cardenales residentes en la Curia Vaticana, a los que dirigió unas breves pero jugosas palabras. Entre otras cosas hizo referencia a nuestra actual condición de Iglesia aún peregrina, y, por lo mismo, sometida a luchas y dificultades. Y también a la importancia de la amistad para poder ayudarse a recorrer mejor este camino, compartiendo alegrías y dolores.

La Iglesia desde sus orígenes se ha visto a sí misma claramente como un camino en el que vivir y hacer juntos la experiencia del evangelio; y, en ese sentido, como un ámbito en el que poder hacerse santos juntos, haciendo fructificar juntos la gracia de Dios en Cristo y el don y los dones del Espíritu Santo.

Es lo que de alguna manera, al menos en los orígenes y en cada nuevo inicio, siempre ha buscado la vida religiosa comunitaria de todos los tiempos. Aunque quizá en otros momentos se ponía más el acento en el estar juntos para santificarse y hoy en el hacerse santos juntos. Es decir, no sólo en sentir al otro como un instrumento para mi santificación, sino además en el ser conscientes de que, más allá de la perfección personal, lo más importante es ser una comunidad y un pueblo de santos, porque, esa, como nos sugiere *Lumen Gentium* 9, es la voluntad y el sueño de Dios sobre la humanidad. Aunque no se puede ignorar que, en un tiempo como el nuestro, con una cultura a la vez tendente a la globalización, pero igualmente individualista y personalista, ese sueño de Dios supone para todos un verdadero reto, no exento de dificultades, ciertamente, pero también apasionante.

Por otra parte, hay que advertir que sería un error considerar la propuesta de hacerse santos juntos como una cómoda excusa en la que refugiarse para evitar el esfuerzo y compromiso personal en el camino de la santidad. Y ciertamente dicha propuesta no implica, ni mucho menos, un menosprecio hacia la santidad personal o una invitación a vivir una especie de dejación de responsabilidades. Todo lo contrario. Se trata, más bien, de dilatar y abrir el corazón y la vida al deseo de recorrer y realizar junto con otros, los más posibles, dicho camino. Porque además la vida cristiana, y por lo mismo la santidad cristiana, no puede ser de otra manera, y cualquier forma de replegarse sobre el propio yo, aunque sea con el pretexto de santidad y perfección, es algo que hay que dejar de lado.

Entre los autores espirituales que más han puesto de relieve en los últimos tiempos este ideal de hacerse santos juntos se encuentra Chiara Lubich. Para ella esa sería la meta a la que tendría que aspirar toda verdadera “espiritualidad de comunión”, toda vida cristiana. Precisamente el pasado mes de diciembre de 2011 se organizó en Roma una jornada de estudio y reflexión para tratar dicho tema a la luz de la aportación que al mismo han dado Chiara Lubich y la espiritualidad del Movimiento de los Focolares que ella hizo nacer.

A nosotros también nos ha parecido que santificarse juntos no es, ni mucho menos, un tema menor, sino de gran importancia y actualidad. Y lo mismo se diga respecto de lo que la espiritualidad de Chiara Lubich puede aportar a una más honda comprensión del mismo. De ahí que lo hayamos elegido para ofrecerlo a nuestros lectores en el presente número, sirviéndonos en parte de algunos materiales de la jornada de reflexión que se tuvo en Roma, a la que me acabo de referir más arriba.

*José-Damián Gaitán, o.c.d*

Muchas veces, la Madre Teresa de Calcuta, al escribirme, repetía esta frase: «Hazte santa, porque Dios es santo». Es verdad que no fue esta gran santa la que determinó una oración que yo ya hacía desde tiempo atrás. Pero, con esta frase, sin duda avivó más el fuego.

Y es que, desde hacía años, Alguien en el corazón me empujaba a dirigirle a Jesús estas palabras: «Hazme santa para hacerle un regalo a María»... Me parecía que si yo no alcanzaba la meta de la santidad, le faltaría algo a mi servicio a la Obra...

Sin embargo, nunca –desde los inicios del Movimiento– hemos entendido el pretender la santidad por sí misma, pues podría ser expresión de un replegarse sobre uno mismo. Pero pretenderla por amor es otra cosa...

Pero más recientemente, siendo consciente de que nuestro camino es colectivo y exige vivir con perfección el amar a los demás como a nosotros mismos, me ha resultado claro que para poder hacerme santa tenía que desear esa meta tanto para mis prójimos como para mí. De modo que mi oración iba sufriendo un cambio: «Jesús, haznos santos para hacerle un regalo a María y ser un modelo para muchos»...

Creo poder decir que, con la gracia de Dios por haber vivido el carisma de la unidad, en el Paraíso debe de haber muchos pequeños y no tan pequeños santos entre los nuestros. No dudaríamos en pensar que pueden ser varias decenas, y quizá más. De hecho hemos visto de qué manera dejan esta tierra muchos de ellos, y ya se sabe que, en general, la muerte es un reflejo de la vida.

C. Lubich, *Construir el “castillo exterior”*, Madrid, 2004, p. 61-62.

# La santidad que nace de la espiritualidad de comunión

*Fabio Ciardi, o.m.i.*

*Tenía 25 años. Aquel verano, julio de 1974, supe que se iba a celebrar un gran congreso internacional de jóvenes en Rocca di Papa, Roma. Yo no formaba parte de aquel grupo, pero fui igualmente y, entre tantos, nadie se percató de mi presencia.*

**R**ECUERDO la sensación que suscitaron las primeras palabras que Chiara Lubich dirigió a aquellos jóvenes, chicos y chicas, procedentes de muchas partes del mundo. «*Jesús quiere que os repita una “palabra”, que resonó como un toque de trompeta hace treinta años, dando vida a una revolución*». En aquellos primeros años de los setenta el deseo de cambiar el mundo, aún más, de cambiar mediante la revolución, era vivísimo entre los jóvenes. ¿Cuál será esa palabra?, me pregunté, y tal vez se lo preguntaron también los demás jóvenes que escuchaban conmigo.

Antes de pronunciar esta palabra, Chiara prosiguió haciendo crecer el interés y la espera: «*Es una palabra grande como el mar, que tiene que propagarse hasta el infinito, como cuando se tira una piedra en el agua y se van formando círculos cada vez más amplios. Es la palabra que Jesús quiere decir hoy a los hom-*

*bres de este siglo. Y Él desea que todos, desde el primero hasta el último, seamos canales, un eco de ella*».

Estábamos allí, en atento silencio, esperando la revelación de esta palabra. Cuando por fin la pronunció, sentí como una zambullida en el corazón; fue como si se abriese ante mí lo infinito.

*«Esta palabra es Él mismo: Dios».*

Dios. Era una palabra que había oído muchísimas veces. Hacía poco que había emitido mis votos perpetuos, entregándome a Dios totalmente y para siempre. Sin embargo, en aquel momento me pareció oírla por primera vez y quedé encantado.

*«Si se nos preguntase: ¿cuál es vuestro Ideal? Nosotros tendríamos que contestar: Dios»<sup>1</sup>.*

En aquel momento, Dios era realmente mi ideal, el ideal de todos aquellos jóvenes entre los cuales me encontraba.

## Dios, ideal de la vida consagrada

Dios es el ideal que ha hecho nacer la vida consagrada. El objetivo de los monjes –ha recordado Benedicto XVI– «*era quaerere Deum, buscar a Dios. En la confusión de un tiempo en que nada parecía quedar en pie, ellos querían hacer lo esencial: comprometerse para encontrar lo que tiene valor y permanece siempre, encontrar la Vida misma. Estaban en búsqueda de Dios... detrás de las cosas provisionales buscaban lo definitivo*»<sup>2</sup>.

El consagrado es, por definición, aquel que «*se entrega totalmente al servicio de Dios sumamente amado*» (LG, 44).

Dios es el ideal de todos los que nos hemos consagrado a él, es el tesoro que para poseerlo lo hemos vendido todo, con alegría, sabiendo a quién íbamos a encontrar.

Ser una sola cosa con Dios, ser amor como él es Amor, vivir su misma vida, vivir en el amor. ¿No es este el ideal que nos une a todos? ¿Y no es esta la santidad?

## La espiritualidad de comunión, camino de santidad

A lo largo de la historia de la Iglesia, el Espíritu Santo ha sugerido muchos caminos de santidad, muchas maneras de llegar a Dios. Cada espiritualidad, dada a nuestros fundadores y fundadoras, es un camino de santidad.

Hoy el Espíritu indica a toda la Iglesia un nuevo camino de santidad, que nace de la espiritualidad de comunión, destinada a ser, como ha profetizado Juan Pablo II, la espiritualidad del nuevo milenio: «*Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: ese es el gran reto que tenemos delante en el milenio que comienza*». Para realizar esta casa y escuela de comunión –prosigue– «*es necesario promover una espiritualidad de comunión*» (NMI, 43).

Una espiritualidad de comunión no nace en un escritorio ni es fruto de una comisión de estudio. Como cualquier otra espiritualidad, también ésta tiene que nacer de un carisma. El Espíritu ha sido generoso también con nuestro tiempo, otorgando nuevos carismas para ayudar a toda la Iglesia a vivir la comunión.

Leyendo los signos de los tiempos, el beato Juan Pablo II reconoció en el carisma de la unidad de Chiara Lubich uno de estos carismas para la Iglesia de hoy. En algunas cartas dirigidas a «*Cardenales y Obispos amigos del Movimiento de los Focolares*», hace notar la extraordinaria sintonía entre la “espiritualidad de comunión”, de la que él fue promotor, y la “espiritualidad de la unidad” de Chiara, hasta concluir que son la misma cosa: «*La espiritualidad de la unidad y de la comunión –escribía– caracterizan vuestro Movimiento...*»<sup>3</sup>.

La espiritualidad de la unidad no elimina las demás espiritualidades, las de nuestras familias religiosas, sino que las lleva a plenitud y las unifica en un camino común. En ellas, desde los comienzos, existen gérmenes de unidad que hoy estamos llamados a vivir con nueva conciencia e intensidad.

## Un pacto de comunión en el origen de las comunidades religiosas

Todas nuestras comunidades han nacido de un pacto de unidad de nuestros fundadores y fundadoras con sus primeros compañeros y compañeras. Al comienzo de las comunidades carismáticas hay como un *acuerdo*, un poner juntos los “corazones”, las almas y las mentes; un *con-senso*, que lleva a un mismo sentir; un “voto”, una “resolución”, una alianza entre personas que se proponen perseguir una meta común viviendo y actuando según un determinado estilo de vida comúnmente sellado por el amor recíproco y por la comunión.

¿Cómo no recordar la alegría de san Francisco cuando, como escribe en su *Testamento*, Dios le dio hermanos con los cuales, finalmente, podía compartir su ideal de vida?

¿De dónde nace el primer voto de Ignacio y sus compañeros el 15 de agosto de 1534 en Montmartre, sino del amor recíproco y de la comunión entre ellos? «*Viviamos siempre juntos –recuerda Pedro Fabro–, compartiendo la estancia, la mesa, la bolsa... Así fue como llegamos a ser una sola cosa en los deseos, en la voluntad y en el firme propósito de elegir la vida que ahora tenemos todos nosotros*»<sup>4</sup>.

En el origen de las Hermanas del Niño Jesús encontramos una “resolución” pactada entre algunas jóvenes a las cuales el fundador, Nicolás Barrè, preguntó si querían vivir en comunidad unidas solamente por el amor y sin otras seguridades. «*Nosotras –testimonia la primera hermana, Margarita Lestocq– respondimos con todo el corazón: “Sí, queremos, y nos abandonamos a la Divina Providencia con total desinterés”. Dicho y hecho: empezamos a vivir en comunidad*»<sup>5</sup>.

Cuando san Eugenio de Mazenod, mi fundador, pidió a sus futuros compañeros vivir juntos para dar vida a una nueva comunidad misionera, los Oblatos de María Inmaculada, propuso «*unanimidad de propósitos*», un «*entendimiento*» por el cual, como escribía, «*nos ayudaremos mutuamente con el consejo y con las inspiraciones que Dios nos manda para la común santificación*»<sup>6</sup>. «*Siento que en esta Sociedad viviremos felices porque tendremos un solo corazón y una sola alma*»<sup>7</sup>.

Solo en un segundo momento aparece la Regla, casi como un *contrato*, un vínculo jurídico que regula las relaciones y las estrategias para la consecución del fin. Una regla precisa, un “contrato” es necesario para asegurar a la comunidad la expansión en el mundo y la continuidad en los siglos. Pero ¡ay si olvidáramos aquel pacto inicial con el cual se quería caminar juntos por el camino de la santidad!

Si nuestras comunidades se fundaron sobre este pacto, hoy solo podrán ser refundadas sobre un pacto análogo que debemos tener el coraje de hacer de nuevo entre nosotros. ¿Por qué en nuestras comunidades no nos expresamos unos a otros la voluntad de vivir entre nosotros el amor recíproco y el deseo de caminar juntos hacia la santidad?

### La unidad lugar de la Trinidad

Podríamos preguntarnos por qué nace precisamente en nuestro tiempo una espiritualidad de comunión y se renueva el deseo de ayudarnos mutuamente a ser santos. Por qué precisamente hoy la Iglesia redescubre de una manera nueva el misterio de Dios que es Amor, Trinidad, comunión de Personas.

Si Dios es Amor, comunión de amor, y si nosotros estamos llamados a vivir a Dios –en esto consiste la santidad–, no podemos menos que vivir entre nosotros la misma comunión de amor que se vive entre las Personas de la Santísima Trinidad. Cuando Jesús nos dejó el mandamiento del amor recíproco, nos reveló la ley de vida que lo une al Padre y al Espíritu. Podemos vivir a Dios si vivimos como Dios vive, amándonos unos a otros. En este amor recíproco está nuestra santidad, porque donde hay caridad y amor, allí está Dios.

Hablando a las personas consagradas, Juan Pablo II nos ha abierto los ojos sobre la realidad más profunda de la comunidad religiosa, que es el «*espacio humano habitado por la Trinidad, que extiende así en la historia los dones de la comunión propios de las tres personas divinas*» (VC, 41). Desde el camino de santidad personal dirigido hacia el centro del alma, donde habita la Trinidad, el Espíritu Santo nos está orientando, en un camino comunitario, hacia la unidad fraterna como lugar de la Trinidad.

En vez de huir del hermano para ir solos



a Dios, la espiritualidad de comunión nos lleva al encuentro del hermano para ir juntos a Dios; es más, para encontrar a Dios en la recíproca unidad. Se abre ante nosotros un nuevo camino de santidad. Se va a Dios juntamente con el otro.

«Un camino marcadamente colectivo –como Chiara Lubich explicó a los obispos amigos del Movimiento de los Focolares–. *En este camino colectivo, los individuos también encuentran su perfección personal. Las personas, que en otras espiritualidades buscan a Dios en sí mismas, están como en un jardín florido y miran y admiran una sola flor: admiran, aman y adoran a Dios en ellas. A nosotros nos parece que Dios quiere que miremos a otras muchas flores, porque en las otras personas también está presente el Señor o puede estarlo. Y, así como he de amar a Dios en mí –cuando estoy sola–, así lo tengo que amar en el hermano cuando él está junto a mí. Entonces no amaré tanto la huida del mundo, sino la búsqueda de Cristo en el mundo; no amaré solo la soledad, sino también la compañía; no solo el silencio, sino también la palabra. Y, cuando el amor hacia Cristo en el hermano es recíproco, en ese encuentro se vive según el modelo de la Trinidad, donde los dos están como el Padre y el Hijo y entre ellos irrumpen el Espíritu Santo con sus dones, alma del Cuerpo místico. Cuando es Jesús el motivo del encuentro entre hermanos, se llega a ser uno, como Dios es uno, pero no estamos solos, como Dios, que aun siendo uno, no está solo, porque es Amor. Cuando nos encontramos de este modo, se cumple la Palabra de Cristo: “Donde dos o más están unidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos” (Mt 18, 20). Allí está el Resucitado... Él es la santidad del grupo y de cada uno individualmente»<sup>8</sup>.*

El hermano o la hermana, en una espiritualidad que florece en una eclesiología trinitaria, no es alguien que distrae, sino que nos ayuda a edificar la unidad que contiene a Dios. Porque Dios nos lo ha dado, el otro se convierte en sacramento para llegar juntos a Dios.

## Una nueva ascesis

La espiritualidad de comunión, como cualquier otra espiritualidad, propone una nueva ascética, que consiste sobre todo en amar al otro. Sí, porque nada cuesta más que amar, donde la renuncia a sí mismo para poner de relieve al otro exige la medida máxima del amor. ¿No ha dicho Jesús que no hay amor más grande que el que llega a dar la vida por el amigo?

«Cuando es Jesús el motivo del encuentro entre hermanos, se llega a ser uno, como Dios es uno, pero no estamos solos, como Dios, que aun siendo uno, no está solo, porque es Amor. Cuando nos encontramos de este modo, se cumple la Palabra de Cristo: “Donde dos o más están unidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos” (Mt 18, 20)».

## El arte de amar

¿Pero, cómo amar? Chiara, siguiendo la enseñanza del Evangelio, ha enseñado todo un arte de amar, que ha sintetizado en seis frases clave: «amar a todos, *sin exclusiones de ninguna clase*; ser los primeros en amar, *sin esperar a ser amados*; amar como a uno mismo, *el otro soy yo, vivir el otro*; amar al enemigo; amar a Jesús en cada uno, *según sus palabras: “... a mí me lo hicisteis”*. Amar de tal modo que se produzca el amor en el otro y así llegue a ser recíproco, según su mandamiento: “*Amaos como yo os he amado*”»<sup>9</sup>.

Otras veces Chiara explicitó algunas modalidades concretas del amor: por ejemplo, el servicio, siguiendo el ejemplo de Jesús, que «*vino no a ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos*» (Mt 20, 28). Él nos hizo ver lo concreto de este amor cuan-

do lavó los pies a sus discípulos, invitándolos a hacer otro tanto: «*También vosotros tenéis que lavaros los pies unos a otros*» (Jn 13, 14).

Estamos en la línea del puro don, que se desmigaja en los más comunes actos comunitarios, que van desde mantener limpia la casa a crear el clima de fiesta en un momento de recreación; desde ser creativos en animar la oración comunitaria, ser los primeros en comunicar la propia experiencia durante un encuentro.

Otro aspecto del amor es acoger y aceptar al otro. Por tanto, entrar en su mismo mundo interior y ver con sus ojos, sentir con sus sentimientos, compartir su misma vida, todo lo de él. Es la respuesta a la invitación de Pablo a hacerse griego con los griegos, judío con los judíos, débil con los débiles, hacerse todo a todos (cf. *1Co* 9, 19-23). Es gozar con el que goza y llorar con el que llora y tener los mismos sentimientos unos para con otros (cf. *Rm* 12, 5). Acoger al otro implica la capacidad de escucha, de modo que él pueda sentirse comprendido hasta el fondo. Requiere capacidad de silencio, de vacío interior, de dar tiempo al otro.

Podría enumerar las infinitas exigencias y matices del amor. Me referiré solo a una última, la benevolencia: el amor quiere el bien del otro, se interesa por el otro como por sí mismo. A Dios, que nos pedirá cuentas de los otros miembros de la comunidad, preguntando: «*¿Dónde está tu hermano?*», no se le podrá responder: «*¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?*» (Gn 4, 9). Sí, nosotros somos los guardianes de nuestros hermanos y de nuestras hermanas. Justamente porque somos miembros del mismo Cuerpo, no podemos prescindir del hermano ni siquiera en el camino de la santidad.

### Los instrumentos pedagógicos para la vida de unidad

La sexta palabra del arte de amar es la re-

ciprocidad. El amor halla su plenitud cuando, habiendo contactado con el hermano o a la hermana, es capaz de implicarles en la misma dinámica de amor. Sólo la reciprocidad refleja plenamente el amor de Dios, que es trinitario. Si el amor de una de las divinas Personas no fuese correspondido por las otras, no existiría la Trinidad. El mandamiento nuevo, el que hace que se viva en la tierra como en el cielo, implica la reciprocidad: «*Amaos unos a otros*».

La condición para llegar a Dios, para ser perfectos como él, es amarse los unos a los otros, como recuerda el apóstol Juan: «*Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor es perfecto en nosotros*» (*1Jn* 4, 12).

¿Cuáles son los instrumentos para que el pacto de amor recíproco se renueve constantemente y esté siempre vivo?

El primero es ponernos de acuerdo para caminar juntos siguiendo al único Maestro. Es lo que han hecho nuestros fundadores y fundadoras al comienzo de su aventura. Sigue la comunión de las experiencias de vida espiritual, compartir el seguimiento común de cómo se vive el Evangelio, donando lo que Dios va obrando interiormente y alrededor de cada uno de nosotros, como los frutos del apostolado, las dudas, las dificultades... Nada es nuestro y todo se ha de comunicar para que todo circule.

Un indispensable “ejercicio” de comunión es la capacidad de verse cada día con ojos nuevos, con una mirada de fe que hace advertir en la persona de al lado a un hijo de Dios. El amor cree en la posibilidad de renovarse que tiene el otro, espera en su resurrección, porque el amor «*todo lo cubre, todo lo cree, todo lo espera*» (*1Co* 13, 7) y devuelve confianza. Así hasta el perdón recíproco.

Podríamos referirnos también a la corrección fraterna que nos ofrece la tradición y que tantas veces hemos olvidado en nuestras comunidades. ¿Acaso no nos invita san

Pablo a instruirnos y amonestarnos mutuamente con toda sabiduría? (cf. *Col 3, 16*).

## Una nueva mística

La espiritualidad de la comunión introduce también en una “mística nueva”, siempre vinculada al mandamiento nuevo que lleva a la experiencia de la presencia de Jesús no sólo dentro de mí, sino también entre nosotros, entre «*dos o más*» reunidos en su nombre (cf. *Mt 18, 20*), una unidad de almas que refleja, estando en la tierra, a la Trinidad de allá Arriba, que experimenta el Reino de Dios en medio de nosotros (cf. *Lc 7, 21*).

Ya no es la mística de un santo, sino la del Santo en medio de nosotros.

La experiencia mística personal del «*ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí*» (*Ga 2, 20*) se hace experiencia eclesial, de Cuerpo místico. Es la mística del “castillo exterior”.

Santa Teresa de Jesús habla de nuestra alma como de un castillo, un castillo interior en el cual, gracias al dominio de todas las facultades de la propia interioridad, habita el Señor. Análogamente podríamos pensar en un “castillo exterior”, formado por todos nosotros juntos, donde el Señor habita en medio de nosotros, gracias al desprendimiento que se realiza en el don de mí, de mi interioridad, al otro, y gracias al don de sí (su despojamiento) que el otro, a su vez, me hace en la reciprocidad del amor. Un castillo exterior de piedras vivas, de personas unidas en el nombre de Jesús, en el cual él vuelve a hacerse presente como cuando lo estaba entre sus discípulos.

Hablando de la comunidad religiosa, el Concilio Vaticano II la describe como «*una verdadera familia reunida en nombre del Señor*» que, «*con la caridad de Dios difundida en los corazones por medio del Espíritu Santo*», «goza de su divina presencia» (cf. *Mt 18, 20*) (*PC, 15*). “Goza” es la experiencia mística colectiva, fruto del mandamiento del amor recíproco,

de la espiritualidad de comunión. Nuestra santidad es el Santo en medio de nosotros.

Todos, al menos alguna vez, hemos experimentado su presencia con los frutos que él comunica: alegría, plenitud de vida, entusiasmo, fuerza y valor para vivir con radicalidad el ideal evangélico; creemos en el amor de Dios, que sentimos derramado en nuestros corazones, nos sentimos hijos e hijas suyos, uno entre nosotros y con él. ¿No es una experiencia mística, del Misterio que nos habita y nos envuelve?

Siguiendo este camino de santidad seremos una respuesta a las esperanzas de la Iglesia de hoy que se expresa así por medio de nuestro papa Benedicto XVI: «*Creo que hoy... nuestra gran tarea es, en primer lugar, volver a poner de relieve la primacía de Dios. Lo importante hoy es que se vea de nuevo que Dios existe...*»<sup>10</sup>.

Con nuestra unidad podremos hacerlo presente de nuevo y mostrarlo al mundo de hoy.

<sup>1</sup> C. Lubich, *A los Gen, diálogo con los jóvenes*, Ciudad Nueva, Madrid 1979, pp. 168-169.

<sup>2</sup> Benedicto XVI, *Discurso al Collège des Bernardins*, París, 12 septiembre 2008.

<sup>3</sup> Juan Pablo II, en *L'Osservatore Romano*, 15 febrero 2001: H. Blaumeiser – H. Sievers, *Chiesa-Comunione, Paolo VI e Giovanni Paolo II ai Vescovi amici del Movimento dei Focolari*, cit., p. 87; Cf. Id., *Discorso ai Vescovi amici del Movimento dei Focolari*, en *L'Osservatore Romano*, 14 febrero 2003.

<sup>4</sup> P. Fabro, *Memorial*, en Antonio Albuquerque, sj., *En el corazón de la reforma: Recuerdos espirituales del Beato Pedro Fabro, sj.*, Sal Terrae, Santander 2000.

<sup>5</sup> *Mémoire de Marguerite Lestocq* en Nicolás Barré, *Oeuvres Complètes*, Les Éditions du Cerf, Paris 1994, p. 107.

<sup>6</sup> E. de Mazenod, *Cartas a Tempier* del 9 octubre y 13 diciembre 1815.

<sup>7</sup> Id., *Carta a Tempier*, 9 octubre 1815.

<sup>8</sup> C. Lubich, *Conversación con los Obispos amigos del Movimiento*, Rocca di Papa, 10 febrero 1984.

<sup>9</sup> Cf. Id., *El arte de amar*, Ciudad Nueva, Madrid 2006.

<sup>10</sup> Benedicto XVI, *Luz del mundo*, Herder, Barcelona 2010, p. 78.

# Santificarse juntos: El testimonio de Chiara Lubich

*Lucía Abignente*

*«El Señor no nos pide una santidad individual, sino comunitaria»: intuiciones, declaración, retazos de vida.*

**E**N este encuentro se va a presentar una reflexión sobre la santidad. Es el quinto de los que se han promovido desde que fue conferido a Chiara Lubich el Doctorado *honoris causa* en Teología de la vida consagrada. Con este motivo se me ha pedido decir algo sobre cómo comprendía ella la santidad y el camino para alcanzarla. Después escucharemos lo que ella misma nos propone en dos breves vídeos.

Es un tema muy vasto, del que se podría decir muchísimo. Bastaría con mostrar las luces, las intuiciones, las indicaciones dadas por ella... Todo esto habría que añadirlo al testimonio de su vida, porue existía una profunda sintonía entre pensamiento y vida que siempre ha hecho transparente, claro, límpido su mensaje. ¿Cómo se puede sintetizar una vida, un camino recorrido coherentemente durante largos años? Es evidente, pues, que cuanto ofrezca sólo serán trazos, breves alusiones, con el fin de salir al paso sobre todo de quien ha tenido menos

ocasión hasta hoy de conocer esta figura carismática de nuestro tiempo.

### **La voluntad de Dios, camino de santidad para todos**

Quisiera mencionar algunos momentos de la historia de Chiara y, por su relación, de la historia de la obra nacida de ella (la Obra de María o Movimiento de los Focolares), que me parecen significativos en el compromiso siempre renovado de hacernos santos juntos.

Hay que recordar ante todo algunos momentos de los orígenes en Trento. Volver a los orígenes es siempre un camino privilegiado para descubrir en su pureza el carisma dado por Dios a un fundador.

Un episodio de la Navidad de 1943, pocos días después de su consagración a Dios, que fue el 7 de diciembre de ese año. Chiara siente que Dios le pide un paso más, el de dárselo todo. Por “todo” solo podía enten-

der lo que entonces ordinariamente se pensaba: la más estricta clausura. Por amor de Dios está dispuesta a decir que sí, aunque con un profundo dolor interior y el corazón desgarrado por algo que se rebelaba dentro de ella. Su confesor la detiene, porque conociendo lo que estaba floreciendo alrededor de ella con aquel grupo de muchachas, de las que luego algunas llegarían a ser sus primeras compañeras, le dice con decisión: «No, esta no es la voluntad de Dios para ti». Este episodio resulta para Chiara Lubich un momento clarificador: no es un estado de vida lo que determina alcanzar la perfección, sino hacer la voluntad de Dios<sup>1</sup>.

Esta nueva comprensión va acompañada de una alegría especial: la de ver posible y “accesible” la santidad; más aún, de haber encontrado en la voluntad de Dios *el camino de santidad para todos*: «Me parecía tener a mano la carta de acceso a la perfección no solo para una élite de personas –las llamadas al convento o al sacerdocio– sino para las multitudes». Y habla de «descubrimiento extremadamente útil y maravilloso»<sup>2</sup>. De hecho, en un tiempo en el que la vida eclesial todavía estaba fuertemente jerarquizada con una visión piramidal de la Iglesia (estamos 20 años antes del Vaticano II, de la *Lumen Gentium*...), poner de relieve con claridad la vocación universal a la santidad, en sintonía con *1Tes 4, 3* («es voluntad de Dios vuestra santificación»), presentaba elementos novedosos. Esto podía verse, por tanto, como “descubrimiento”. Era comprender que podíamos hacernos santos sin aislarnos del mundo, sino viviendo sin reservas, en el hoy de la historia, la voluntad de Dios, momento a momento, ese momento que es el único del que disponemos ahora.

Con frecuencia, recordando los primeros tiempos, Chiara afirma que el objetivo de ellas no era hacerse santas: afirmación ésta que parece contradecir lo dicho hasta ahora. Me parece, sin embargo, un exponente

de cómo se fue iniciando, más aún, “abriéndose a todos” el nuevo camino de santidad que ofrece Dios cuando da un carisma.

Chiara muestra su fascinación por la santidad y por el ejemplo de los santos, pero siente que aprender de ellos no significa imitarlos exteriormente, sino vivir como ellos lo esencial de sus vidas, de sus actitudes, en su auténtica “grandeza”: cumplir por amor de Dios lo que él había pensado para ellos. Se crea así con los santos una relación de comunión, que será una de las características del camino espiritual de Chiara y de la Obra de María. Se trata de una “reciprocidad de dones”, porque, por una parte, Chiara está abierta para acoger la palabra particular que Dios ha pronunciado en cada santo, anima a “aprender” de ellos, a «hacernos hijos suyos para participar de su carisma»<sup>3</sup>; por otra parte, señala claramente el fin al que tienden todos los carismas: la realización del «*ut unum sint*» (cf. *Jn 17, 21*) en el único cuerpo de Cristo. Se comprende de qué modo su carisma, el carisma de la unidad, es un don nuevo para toda la Iglesia y para la espiritualidad que ya existe en la misma Iglesia.

### Santos por amor

¿Cuál es, pues, el camino al que apunta el carisma de Chiara? Si pensamos en la “pedagogía” usada por Dios con ella y con sus primeras compañeras durante la lectura del Evangelio en los refugios, recordamos cómo él les había subrayado en primer lugar las palabras del Evangelio que se refieren más al amor, concentrando sus almas sobre el mandamiento que Jesús llamó suyo y nuevo (cf. *Jn 13, 34*), que vivían hasta experimentar la presencia prometida por Jesús entre dos o más unidos en Él (cf. *Mt 18, 20*).

Así, desde aquellos primeros años, lo primero de todo es la caridad para colmar el



deseo de santidad. La plenitud de la comunión del otro con Dios se desea y se busca tanto como la propia. Si era importante dar gloria a Dios, «*que la diese yo, que la diese la otra no importaba*», anota Chiara. Recalcando el cambio sucedido gracias a la luz dada por Dios, explica: «*Al principio éramos muy individualistas, cada uno pensaba en sus propios asuntos: en ser bueno, quizá en ser santo, pero por su cuenta; ahora la misma idea, el mismo deseo de la santidad era puesto en común: queríamos amar al otro y ayudar al otro a hacerse santo como nosotros mismos*»<sup>4</sup>. Hacerse santos juntos. La tensión común a la santidad se comprendía como posible solo si se vivía en la presencia de aquel que es el Santo y que informa de su santidad.

No existe, pues, oposición en cuanto afirma Chiara. El carisma dado por Dios, de hecho, no le permitía aceptar aquella imagen corriente, difundida por la literatura hagiográfica, para la cual la vida de los santos es un subseguirse de fenómenos extraordinarios, aspirando a la santidad como una meta que hay que alcanzar a través de penitencias, esfuerzos y actos heroicos, pero a veces no exentos de egoísmo, de soberbia, de plegamiento sobre uno mismo. No. La santidad es don de Dios, que hay que acogerlo, custodiarlo y hacer que fructifique en el amor. La santidad consiste en la perfección de la caridad, repite ella con insistencia, en ser perfectos como el Padre. Y Dios es Amor.

Se nos revela claramente ya en los escritos de aquellos primeros años. En una carta de 1948 a un religioso, Chiara (¡que tenía entonces 28 años!) escribe:

*«No se contemple interiormente para ver si progresa o no. Es amor propio refinado. Mírelo siempre a Él: “Quien pone la mano en el arado...”. Que Él sea su única pasión...»*

*No desee la perfección. Desee amarlo y ámelo, cada instante, cumpliendo la divina voluntad con todo el corazón, las fuerzas, la mente.*

*Nunca tenga nada contaminado en el alma. Que todo sea “amor puro”, o sea, que todo tenga –sinceramente– la intención de expresar su amor a Dios...*

*Jesús espera su amor, y usted no puede hacerlo esperar. Todo lo que es Voluntad de Él, hágalo. Tiene usted la gracia y la vida es breve. Además, Jesús espera, junto con su santidad, la santidad de muchísimas almas. No puede hacerlo esperar»<sup>5</sup>.*

### El Santo entre nosotros

Recordar los primeros tiempos del Movimiento exigiría detenerse a profundizar toda la luz que guió el camino hecho juntos hacia la santidad de la experiencia mística vivida por Chiara en 1949-50 y de ella –no es un caso único– participada inmediatamente a Iginio Giordani y a las primeras focolarinas y focolarinos. Las páginas que han quedado de aquel tiempo requieren una lectura detenida que no es posible en este lugar. Son páginas espléndidas, llenas de luz, de las cuales algunas ya son conocidas<sup>6</sup>.

Me parece importante, sin embargo, citar al menos un escrito de 1950. Escribe Chiara: «*El mandamiento de Jesús: “Sed perfectos como el Padre” (Mt 5, 48) es mandamiento que vale para todos en cada momento de la vida: también para el pecador recién convertido. Vale tanto como las demás palabras de Jesús. Por ejemplo, así como todos deben amar siempre al prójimo como a sí mismos, asimismo todos deben ser perfectos como el Padre. Pero esto solo es posible si buscamos hacernos santos poniéndonos en la condición habitual indispensable para llegar a serlo, o sea, si como base de nuestra santidad (ante omnia, incluso antes de la santidad misma) ponemos la mutua caridad: Jesús entre nosotros como premisa o principio, como medio para santificarnos, y como fin*»<sup>7</sup>.

Creo que este es uno de los textos fundamentales para comprender el camino a la

santidad según la espiritualidad de la unidad y que ofrece también indicaciones preciosas para la vida religiosa. La santidad se alcanza con Él y gracias a Él. Para Chiara es más que una convicción: es una certeza. Con decisión y constancia repite: «*Nosotros no podemos hacernos santos más que manteniendo vivo al Resucitado en nosotros y entre nosotros*»<sup>8</sup>, y de esto siempre ha tenido conciencia constantemente renovada en primera persona: «*Me pasa por el alma, en estos días, un pensamiento que es incluso una advertencia: 'No puedes tomarte el lujo de hacerte santa, si el Santo no está entre vosotros. No puedes ilusionarte con llegar a ser perfecta, si el Perfecto no está entre vosotros'*»<sup>9</sup>. Por esto Chiara quiso compartir con todos las intuiciones tenidas al respecto, las inspiraciones de Dios, las experiencias vividas, y lo hizo sin reservas, para que sirviese a la edificación común, para animar y renovar el compromiso de caminar juntos a la santidad, con Jesús presente entre “dos o más...”.

Son intuiciones nuevas para los tiempos de entonces. Hoy resultan en profunda sintonía con la doctrina del Vaticano II y el magisterio de la Iglesia de nuestro tiempo. Dice la *Lumen Gentium*: «*Nuestro Señor Jesucristo predicó la santidad de vida, de la que Él es maestro y modelo, a todos y cada uno de sus discípulos, de cualquier condición que fuesen. Envío a todos el Espíritu Santo, que los moviera interiormente, para que amen a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas (cf. Mc 12, 30), y para que se amen unos a otros como Cristo nos amó (cf. Jn 13, 34; 15, 12). Los seguidores de Cristo, llamados por Dios, no en virtud de sus propios méritos, sino por designio y gracia de Él, y justificados en Cristo Nuestro Señor, en la fe del bautismo han sido hechos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y por lo mismo santos; conviene, por consiguiente, que esa santidad que recibieron sepan conservarla y perfeccionarla en su vida con la ayuda de Dios*» (n. 40).

## Un don a María

Damos un salto a los años 60. No podemos dejar de hacer al menos una breve referencia al año 1961. Leyendo los escritos de santa Teresa de Jesús, Chiara constata que encuentra en la vida de los miembros del Movimiento los mismos efectos que santa Teresa verifica en las almas que siguen su camino de santidad. Es un signo de que el camino trazado en la Obra de María es un camino de perfección, un camino que –entonces se comprende claramente– encuentra justamente en María el “tipo”, el modelo, la “forma”. Los distintos momentos de la vida de la Madre del Señor que nos presenta el Evangelio, aun siendo “extraordinarios”, se presentan «*como etapas sucesivas a las que el alma... [puede] mirar en las varias etapas de la vida del espíritu, para hallar luz y estímulo*». Es una iluminación que la misma Chiara reconoce que fue «*tan fuerte que la hemos llamado nuestro camino: Via Mariae, el Camino de María*»<sup>10</sup>.

Chiara quiso compartir con todos las intuiciones tenidas al respecto, las inspiraciones de Dios, las experiencias vividas, y lo hizo sin reservas, para que sirviese a la edificación común, para animar y renovar el compromiso de caminar juntos a la santidad, con Jesús presente entre “dos o más...”.

Entre las etapas de la vida de María, el momento de la desolación a los pies de la cruz ocupa, sin duda, un lugar especial en la reflexión y en la espiritualidad del Movimiento. María, en su *stabat*, aparece como modelo y garantía de santidad, personificación de todas las virtudes. Se refuerza así el vínculo ya existente y muy in-

tenso con ella. Un vínculo que permanecerá constante.

Quisiera recordar en este sentido una experiencia de Chiara de 1965. Después de largos años de estudio por parte de la Iglesia, y de fidelidad a Dios y a la Iglesia por parte de Chiara, la Obra fue finalmente aprobada. El 9 de abril de 1965, “Viernes de Pasión, la Desolada”, Chiara escribe en su diario:

*«En la misa, una idea que tenía la caricia de una inspiración: ya que te he traído hasta aquí (a la superación de grandes pruebas en la Obra), ahora hazte santa.*

*¡Bien! Ahora ya no hay excusas para ninguno de nosotros... Por mi parte, propongo comenzar. Y lo escribo aquí para que todos lo sepan y la Desolada transmita a todos –a través de mí– ese don. Pido –y lo digo en la audiencia con Jesús Eucaristía, el Omnipotente– que me ayude a alcanzar la meta, para hacer de mi eventual santidad un pequeño regalo personal a María»<sup>11</sup>.*

La invitación de Dios, sentida el viernes de Pasión, vuelve repetidamente a las páginas del diario: es el propósito de un don personal, pero que en seguida es compartido para que sea un don de todos a María. Impresiona al pensar que el 14 de marzo de 2008, día del retorno de Chiara a la casa del Padre, era también un viernes de Pasión...

Escribe Chiara el 28 de junio de 1965: *«Quiero hacerme santa también yo: quiero hacer verdaderamente ese pequeño regalo personal a María, a lo que fui invitada interiormente el viernes de Pasión. Pero esta mañana, en la misa, he comprendido que no tengo tiempo que perder, ni que esperar.*

*La muerte viene cuando menos nos la esperamos, como dice el Evangelio... Entonces, si la Virgen quiere este regalo de mí, lo tengo que hacer enseguida: tengo que vivir bien mi ‘momento presente’, siendo ‘santa’ en ése. Y aquí ninguna ruta mejor que las normas de vida que Dios me ha dado y que la Iglesia me ha confirmado. Esta mañana he comprendido verdaderamente con*

*fuerza que para este trabajo (santificarme) no tengo ni siquiera que esperar a mañana, porque mañana puede que no esté. Es un asunto de hoy, de ahora.*

*Y he sentido el deseo de escribirlo en este diario para que todos, por lo menos los focolarinos, lo sepan. Muchas cosas tenemos que hacer, pero, entre éstas, la que debe ordenar y coordinarlas todas es hacernos santos para ofrecer un pequeño regalo a María»<sup>12</sup>.*

## El santo viaje

Damos otro gran salto, a 1980, año en el cual el camino a la santidad recibe un nuevo impulso. Apenas había pasado el periodo estuvo en el que Chiara había escrito varios temas sobre la voluntad de Dios. Refiriéndose a los efectos que ese trabajo había producido en ella, escribe el 2 de octubre de 1980: *«La voluntad de Dios me ha penetrado en el alma como un sello a fuego... Querría, durante este año, hacer lo posible para que todos estén convencidos de su enorme importancia y para que se decidan a vivirla con total empeño. Veríamos al mundo cambiar, todos tenderían a la santidad»<sup>13</sup>.*

Un mes después pide a Dios un impulso decisivo para hacerse santa y su deseo es escuchado. Jesús, que en los primeros días en Trento le había revelado el sentido profundo de su grito en la cruz: *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»* (Mt 27, 46), Jesús Abandonado, Aquel que pronto se había convertido en el todo de su vida, ahora parecía interpellarla: *«Si no me amas tú, ¿quién me amará?»*. Jesús Abandonado: él es el camino a la santidad. Como siempre, comunica su experiencia interior a todos, primero a los focolarinos, después también a los más jóvenes, el 31 de diciembre de 1980. En el amor a Jesús abandonado siempre, enseguida, con alegría –y por tanto cada vez que se presenta, con prontitud y con alegría– todos encontrarían el ca-



mino y corresponderían también a lo que la Iglesia pide cuando habla de virtudes heroicas. El ejemplo de la beata Gabriela de la Trapa, que había alcanzado en pocos años la santidad, anima y da esperanza. La adhesión es inmediata y se emprende el camino común hacia la santidad. En sintonía con la Escritura, lo llamamos el “santo viaje”: «*Bienaventurado el hombre que confía en ti y decide en su corazón el santo viaje*» (cf. Sal 83, 6).

Este viaje ha sido acompañado regularmente por Chiara con pensamientos espirituales comunicados en conversaciones telefónicas colectivas: las Conexiones<sup>14</sup>. Cada Conexión era para Chiara motivo de gran alegría: una cita, tal vez la más importante para reunir a los miembros del Movimiento dispersos por el mundo, para ser cada vez más una única familia, con una única meta. La Conexión fue justamente el lugar preferido por Chiara para compartir cuanto Dios poco a poco le hacía comprender, ya a través de circunstancias externas a veces casuales, como podía ser un paisaje contemplado durante un paseo o un viaje, ya profundizando en la espiritualidad de la unidad. Ella lo hacía vida ante todo en los días precedentes a esta cita mundial y luego resumía su pensamiento espiritual en un “lema” o “palabra” para vivir hasta la conversación siguiente, para progresar constantemente y unidos en el camino a la santidad. Un camino que ha producido frutos de santidad en la vida de muchos.

Si hoy lo constatamos con gratitud a Dios, al mismo tiempo se toma nuevamente conciencia de que esta propuesta no está reservada a algunos, sino que es un camino accesible y practicable para todos: una santidad comunitaria, “santidad de pueblo”. Una propuesta, la de Chiara que resurge como don providencial de Dios en un tiempo en el que la Iglesia descubre su deber ser:

«*la casa y la escuela de la comunión*» y siente la urgencia de volver a proponer «*con convicción*» la santidad como «*alto grado de la vida cristiana ordinaria*»<sup>15</sup>.

<sup>1</sup> Ch. Lubich, *El sí del hombre a Dios*, en *Escritos Espirituales/4*, Ciudad Nueva, Madrid 1997, pp. 235-236.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> Cf. Id., *Diario 1964/65*, Ciudad Nueva, 1986, p. 67.

<sup>4</sup> Id., *La “storia dell’Ideale”*, Heidelberg, 14 marzo 1962, en L. Abignente, *Memoria e presente. La spiritualità del Movimento dei Focolari in prospettiva storica*, Città Nuova, Roma 2010, p. 109.

<sup>5</sup> Id., *Carta del 8 septiembre 1948 al P. Bonaventura da Malè, ofm cap.*, en *El primer amor, Cartas de los inicios (1943-1949)*, Ciudad Nueva, Madrid 2011, pp. 216-218.

<sup>6</sup> Especialmente significativo es un escrito de 1950 en el que Chiara explica el camino de santificación por la vía de la unidad: cf. C. Lubich, *La doctrina espiritual*, Ciudad Nueva, Madrid 2002, pp. 80-81.

<sup>7</sup> Id., *La voluntad de Dios*, Ciudad Nueva, Madrid 2011.

<sup>8</sup> Id., *Buscando las cosas de arriba*, Ciudad Nueva, Madrid 1993, p. 39.

<sup>9</sup> Id., *La vida, un viaje*, Ciudad Nueva, Madrid 1994, p. 9.

<sup>10</sup> Id., *Maria nel Movimento dei Focolari e il rosario*, en A. Sgariglia (ed.), *Contemplare Cristo con gli occhi di Maria*, Città Nuova, Roma 2003, p. 37.

<sup>11</sup> Id., *Diario 1964/65*, Ciudad Nueva, Madrid 1986, p. 104.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 133.

<sup>13</sup> Id., *La voluntad de Dios*, cit.

<sup>14</sup> Por “Conexión” se entienden las conversaciones-conferencias y también los pensamientos espirituales propuestos por Chiara durante tales conferencias telefónicas. Comenzaron en el verano de 1980, por el deseo de una más estrecha comunión con los focolarinos de Suiza, donde ella se encontraba de vacaciones. Estas conversaciones-conferencias se extendieron pronto a todo el mundo, teniéndose primero con una periodicidad regular quincenal, después mensual. Con la conciencia de la importancia dada por Chiara a esta cita periódica, se sigue haciendo, pero con una frecuencia bimensual.

<sup>15</sup> Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, nn. 43 y 31.

## Renata Borlone o el fuego de la unidad

*Lida Ciccarelli*

*A medida que pasa el tiempo más se valora la grandeza de la vida de Renata Borlone, hoy sierva de Dios. En su fidelidad sin fisuras al carisma de la unidad manifiesta la belleza de la vida cristiana, invitándonos a ir siempre más allá en la entrega a Dios y a los hermanos.*

«**JA**» *E venido a traer fuego a la tierra y cómo quisiera que ya estuviese ardiendo» (Lc 12, 49). Estas palabras de Jesús parece que se han realizado plenamente en la persona de Renata. Un día, exactamente el 8 de mayo de 1949, este fuego divino la llenó de eternidad y deseos de ser en el mundo signo tangible de su Amor, de su Luz. Desde aquel instante, saboreado el Cielo «con todo lo que contiene», pasará por el mundo como fuego divino que quema lo que no es amor y deja en pie sólo la Verdad.*

**«Ya no hablé más»**

Es lo que suelen recordar quienes la trataron: el simple hecho de verla, su sonrisa, su atención, sus gestos contenidos abrían a todos espirales insospechados de verdad. En ella –como afirmó Chiara Lubich– «*estaba presente una dimensión particular de la vida cris-*

*tiana... una dimensión mística; una dimensión tal que era su persona, su ser*»<sup>1</sup> que actuaba antes que sus palabras.

Renata decía en una ocasión: «*Desde que conocí el Ideal, yo ya no he hablado*»<sup>2</sup>, queriendo decir: mis palabras no importan nada, son polvo, pero «*está el carisma, o mejor, Dios mismo, que está en lo más profundo, que se abre paso y que irradia luz y calor en tanto en cuanto le dejo actuar*»<sup>3</sup>.

Ella calla porque es Otro el que habla en ella, un “no ser para ser” de claro sello paulino: «*Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí*» (Ga 2, 20). Y es a Dios a quien encuentran los demás cuando están con ella, experimentando el amor que hace de cada hombre un predilecto de Dios, amado y comprendido como hijo único.

Un gran número de personas de todos los estratos sociales, condiciones, edad y culturas, se sintieron reengendrados por su amor. No se anda con componendas, no juzga

nunca, y enseña a los demás a actuar de este modo. Frente a las situaciones más espinosas, es capaz de salir de los esquemas más tradicionales, con tal de devolverle al otro su dignidad, como en el caso de una joven que acabó en la prostitución, no dudando en enfrentarse con los que la explotaban.

Entra en la vida de cada prójimo con la delicadeza y la fuerza de María, la Madre de Jesús, según la palabra del Evangelio que Chiara le había dado, delineando así su fisonomía espiritual: «*María conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón*» (Lc 2, 19). Y, como un imán, arrastra hacia ella las cruces, los sufrimientos, los fallos, el pecado... de los demás: su amor toma posesión de ellos que se convierten en cosa suya, de ella y del Padre; y así para los demás el yugo se vuelve suave y ligero.

La vida de Renata parece un misterioso entretejido de amor-dolor-amor hasta el último instante, cuando transforma su muerte en un momento de Luz: quiero testimoniar que «*la muerte es Resurrección, es vida, es alegría*». Y lo hace heroicamente, hasta el final, yendo siempre más allá del dolor.

Pero ¿quién fue Renata? ¿Cómo dar razón de esta extraordinaria lección de su vida que nos dejó en herencia para todos?

## El descubrimiento

Renata nace el 30 de mayo de 1930 en Civitavecchia, puerto turístico de Roma. Su infancia transcurre serena, rodeada por el amor de los suyos: una hermosa familia, compacta, rica en valores humanos.

Cuando estalla la IIª Guerra Mundial tiene diez años. Aunque aún no sabe leer los acontecimientos, su sensibilidad no le permite quedarse indiferente. Mientras caen sobre Roma las bombas, ve «*como, en un relámpago, la vanidad de los juegos, del dinero, del mañana...*» y decide ser mejor.

Ante la desaparición repentina de una

*«...Recuerdo que cuando salí de allí sabía que había encontrado... Tuve la intuición de que Dios es Amor. Aquella experiencia penetró hasta lo más hondo de mi ser. Perdí la imagen que tenía de un Dios que era juez, que castiga a los malos y premia a los buenos, y sentí a un Dios cercano».*

compañera judía, pide explicaciones con insistencia a su padre: «*¿Por qué matan a los judíos? ¿No son como nosotros?*». Y cuando el día de la liberación de Roma, contempla desde el balcón de su casa la escena de un soldado alemán que se arrastra por la pared, la invade un sentimiento de compasión hacia él y hacia su pueblo.

En su casa no se habla de Dios y son bastante reacios a la Iglesia. Pero alrededor de los catorce años, nota que le falta algo. Siente un fuerte deseo de conocer la verdad, de penetrar la esencia íntima de las cosas. Intuyendo que la verdad ansiada es Dios, empieza a ir a la iglesia. También busca a Dios por otros caminos: ama la física, las matemáticas, las ciencias y siente una gran alegría cada vez que le parece descubrir algo nuevo.

Nace en ella una pasión exclusiva por los estudios, que la lleva, durante su adolescencia, a cerrarse en sí misma, mientras casi va desapareciendo cualquier otro interés: amistades, música y teatro. Volcada en sus libros, busca conocer la verdad, y a los diecinueve años se inscribe en la Facultad de Química con el sueño de poder colaborar algún día en un gran descubrimiento.

Pero aquel Dios que ya había empezado a aparecer de alguna manera en su vida, esperaba el momento oportuno. El 8 de mayo de 1949, día que define *extraordinario*, después de haber dudado, porque no quería quitarle tiempo al estudio, decide participar en un encuentro del Movimiento de los Fo-

colares. Mientras Graziella De Luca, una de las primeras compañeras de Chiara, habla del descubrimiento de Dios-Amor, de la nueva vida evangélica surgida en Trento, Renata siente que algo se le desmorona por dentro y que todo su ser se dirige a Dios.

*«No recuerdo lo que dijo –escribe–. Pero recuerdo que cuando salí de allí sabía que había encontrado... Tuve la intuición de que Dios es Amor. Aquella experiencia penetró hasta lo más hondo de mi ser. Perdí la imagen que tenía de un Dios que era juez, que castiga a los malos y premia a los buenos, y sentí a un Dios cercano».*

Una luz la invade y, de vuelta a casa, corre ligera repitiéndose a sí misma: *«¡He encontrado, he encontrado a Dios!»*. Llega a casa y empieza a mirar a sus padres y a sus hermanos con ojos nuevos; en clase, los compañeros no la reconocen, siempre abierta y disponible para todos. Ahora, para ella amar a Dios es amar a cada prójimo que pasa a su lado y que parece susurrarle las palabras de Jesús: *«Nadie va al Padre sino por mí»* (cf. Jn 14, 6).

Transformada profundamente, segura de haber recibido la llamada de Dios, da un giro repentino a su vida. Poco después conoce a Chiara Lubich e inmediatamente siente con ella una unidad estrechísima, vital, como entre madre e hija, unida a la confirmación de entregarse totalmente a Dios en el Movimiento de los Focolares.

Entra en el focolar a los veinte años, después de conquistarse el permiso de sus padres, que no comprenden su opción. Pero la conquista más hermosa la obtiene sobre sí misma, aprendiendo a doblegar su propio yo para amar a Dios y a los hermanos.

Mientras tanto, el horizonte de su alma se va dilatando y comprende la raíz del amor, la fuente inagotable de la Sabiduría. Un día Chiara habla a sus compañeras del misterioso grito de Jesús en la cruz: *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»* (Mc 15, 34). ¿Quién puede responder al grito del Hombre-Dios sino Dios mismo?

Vivir la unidad, que trae la presencia de Dios entre los hombres (cf. Mt 18, 20), será la respuesta de su joven vida. Para Renata son momentos intensísimos de luz: ¿qué ideal es más grande que ser la respuesta al grito de un Dios que muere?

Inmersa en lo divino, le resulta clarísima la llamada a la unidad (cf. Jn 17), con un amor loco a Jesús crucificado y abandonado. Descubrirlo y amarlo impetuosamente detrás de cada rostro, de cada dolor, de cada límite, le da alas. En adelante Él será su pasión, el tesoro de su alma.

### De una ciudad a otra... hasta Loppiano

Así vive sus cuarenta años al servicio del Movimiento de los Focolares: primero en Roma, y después en Trento, Sássari, Parma, Trápani y Siracusa, Grenoble y París. Luego pasa un largo período en Milán. Impregnada de lo divino, proyectada indistintamente hacia todos y tendiendo siempre a la unidad, desarrolla y consolida en todas partes la vida del Movimiento.

Cuando llega a Loppiano en octubre de 1967, la ciudadela está echando a andar. Durante veintitrés años contribuirá a consolidarla con su originalidad. A los cinco meses de llegar, Chiara le da una consigna: tutelar en la ciudadela, que se va formando, la integridad del carisma, incluso a precio de la vida. Es como decir: que todo se desarrolle, pero según la Sabiduría, según la lógica del Amor.

Renata acoge dicho mandato sin reservas, poniendo el aceite de la caridad en todos los engranajes que la construcción conlleva. Se hace don, relación entre todas las expresiones que poco a poco componen la ciudadela: *«La Mariápolis... ¡qué divina construcción!... ¡Cuántos esfuerzos en estos años! Sólo tú lo sabes, Jesús, solo tú».*

Al mismo tiempo, es una guía segura para muchas jóvenes –más de mil– que de-

sean emprender el camino del focolar haciendo de Jesús su único Esposo. Con una limpieza y transparencia únicas, les entrega la Sabiduría que en ella tiene raíces profundas, para hacerles constructores de unidad, amantes de la Iglesia.

Pero ¿cuál era el secreto de Renata? La tensión constante «a la unidad mediante el amor a Él, su Esposo, el Todo, el único Todo», con los hermanos y, ante todo, con la fundadora, elegida por Dios para ser canal del carisma, don para la Iglesia y para la humanidad.

Anota: «*La estancia del castillo en la que se encuentra la unión con Dios: Chiara*». Son palabras sobrias, lapidarias, que revelan la conciencia de que el carisma que Dios ha depositado en Chiara le ha de llevar a ser una sola cosa con ella: «*La unidad contigo: esa es la santidad a la que he de tender. Hoy me parecía que esta unidad asumía una dimensión nueva, nunca conocida así. Ahora me siento aún más responsable si el amor no se hace realidad*».

La unidad es su fuerza, un inteligente y continuo distanciarse de sí misma, de sus ideas y modos de ver, para que todo refleje la inspiración de Dios: «*Lo más grande que Dios me ha llamado a realizar es la unidad contigo, con tu voluntad, expresada de mil maneras, cada año, cada día, cada hora, para construir la Obra y edificar la santidad de tu cuerpo, que somos nosotros*».

*«Yo no estaba presente en el 49, pero inmediatamente después tú nos has estampado en el alma una “forma” que ya no se ha borrado... Y yo me doy cuenta de lo mucho que esta “forma” me ha protegido y me ha impedido ver las cosas con ojos humanos».*

Nos encontramos aquí ante el misterio de los carismas. Quien es llamado a seguir un

carisma también es llamado a una relación de comunión plena con su fundador, puesto que es a través de él como Dios se manifiesta al que sigue el mismo camino.

Renata hace una fuerte experiencia de esto. Refiriéndose al periodo iluminativo que Chiara vivió en 1949, le escribe: «*Yo no estaba presente en el 49, pero inmediatamente después tú nos has estampado en el alma una “forma” que ya no se ha borrado... Y yo me doy cuenta de lo mucho que esta “forma” me ha protegido y me ha impedido ver las cosas con ojos humanos*».

Lo mismo que entre las Personas divinas todo es común, así también, para los que viven la unidad, todo circula, todo es de todos. Se trata de la experiencia de Dios-Trinidad, abierta a los hombres de par en par por Jesús en la cruz. Es lo que caracteriza al carisma de la unidad y lo que Renata vive: sus últimas horas lo atestiguan de modo especialísimo, expresando la belleza de la vida cristiana.

### «En un abismo de luz»

A los cincuenta y nueve años se le anuncia un mal que pronto muestra su gravedad. Los pocos meses que le quedan de vida son un ascenso hacia el Cielo: «*De unos días para acá, me parece que he hallado la relación con el Padre. No el alma y Jesús, sino el alma con Jesús ante el Padre*»; «*¿Me acerco a ti, Jesús? Jesús, el Padre, María, el Espíritu Santo: así, justamente así. Sólo por Jesús se llega al Padre*».

Mientras tanto su relación con la fundadora se intensifica. Chiara está muy cerca de ella, le escribe, la llama por teléfono. Como racimo unido a la vid, Renata anota: «*Estoy con ella incluso con el cuerpo. Tengo siempre delante el esplendor del Espíritu Santo en ella*».

La enfermedad la consume, pero Renata parece estar bajo una anestesia divina: su rostro, sus ojos irradian luz, felicidad. A la fundadora, que va a visitarla, le repite



radiante varias veces: «*He visto... he visto como un abismo, como un abismo infinito...*»; «*Me siento arrastrada a un abismo, a un abismo, a un abismo de amor...*». Palabras misteriosas, pero no para Chiara. De hecho, la frase “abismo de amor” condensa su experiencia del 49, cuando, por una gracia especial de Dios, Chiara entra en el abismo de Luz y de Amor que es el misterio de la Trinidad.

Es lícito pensar, pues, que, como don por la correspondencia perfecta a la gracia vivida durante toda su vida, Dios le hiciera saborear aquí abajo la alegría del Paraíso, haciendo realidad en ella la singularidad del carisma de la unidad, según la oración que Jesús dirige al Padre: «*Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío*» (Jn 17, 10).

¿Vio Renata realmente el Paraíso?

Es un asunto delicado que dejamos a los teólogos, pero ciertamente parece que en la unidad con la fundadora se le abrió a Renata el Reino de los Cielos en el que se encontraba inmersa, como decía extasiada con sus gestos y sus palabras. A nosotros, que estamos todavía en camino, nos basta el re-

cuerdo de su marcha a la casa del Padre, el 27 de febrero de 1990, como espléndida expresión de la Vida que no acabará.

Renata está viva y muy activa en la Mariápolis de Loppiano, que guarda sus restos y lleva su nombre. Y está viva en la realidad de la Iglesia que la quiere tener entre sus modelos, como una de las «estrellas»<sup>4</sup> iluminan la oscuridad de nuestro tiempo con rayos de luz y destellos de Cielo. El 27 de febrero de 2011 se concluyó la fase diocesana de su proceso de beatificación, el cual se había abierto en la diócesis de Fiésole (Italia) el 18 de diciembre de 2003, iniciándose así la fase sucesiva en Roma, en la Congregación para las Causas de los Santos.

<sup>1</sup> C. Lubich, *Una enseñanza de Renata*, Conexión CH (8.3.1990).

<sup>2</sup> Cf. G. Marchesi – A. Zironoli, *Un silenzio che si fa vita*, Città Nuova, Roma 1993, p. 6.

<sup>3</sup> R. Borlone, *Scritto inedito*, así como todos los demás textos entrecomillados y en cursiva.

<sup>4</sup> Cf. Benedetto XVI, *Meditar con los santos*, Chronica Ediciones, Barcelona 2011.

En nuestro Movimiento rara vez hemos pensado en presentarle a la Iglesia a estas criaturas (a nuestros pequeños y no tan pequeños santos) para que, si lo considera oportuno, proceda a verificarlo... Es más bien la propia Iglesia la que comienza a interesarse por ello a través de sus pastores...

Y nosotros, como Movimiento, ¿hemos hecho bien no interesándonos? La justificación a esta aparente omisión quizá la tengamos hoy clara: el Señor no nos pide una santidad individual, sino comunitaria, en la que cada uno debe ayudar a su prójimo a hacerse santo. Y éste, en cadena, a su prójimo, y así sucesivamente.

Esta es la santidad que, eventualmente, habría que verificar y poner de relieve para edificación de muchos en la Iglesia; una santidad colectiva, una santidad de pueblo.

C. Lubich, *Construir el “castillo exterior”*, Ciudad Nueva, Madrid 2004, p. 63.

# Juan Bosco: una santidad compartida

*Eugenio González, s.d.b.*

*La santidad es una propuesta de amor. Las personas que han hecho felizmente el viaje a la santidad, como es el caso de san Juan Bosco, lo han realizado siempre acompañados por otros, siendo animados, orientados, espoleados... por otros. Ellos, por su parte, lo han hecho igualmente con muchos compañeros de camino.*

**L**A experiencia de Don Bosco sobre la santidad creo que la describió de forma muy acertada don Pascual Chávez, Rector Mayor de los salesianos, en una carta de 2002 a toda la familia salesiana: «*La misión educativa y evangelizadora en favor de los jóvenes llevó a Don Bosco a crear una escuela de espiritualidad donde la santidad era construida por todos, se compartía y se comunicaba recíprocamente, tanto que es imposible explicar la santidad de los unos (la de los jóvenes) sin la de los otros (la de los salesianos)*».

No en vano dijo Jesús que donde «*dos o más están reunidos en mi nombre, yo estaré en medio de ellos*». Y él es el Santo; es él el que santifica: «*Camino, Verdad y Vida*»; él el que guía, estimula y alimenta por su Espíritu, dador de Vida.

### **Infancia de Juan Bosco**

Sin duda Don Bosco alabará a Dios por su bendita madre, Margarita. Analfabeta de

letras, pero catedrática en la sabiduría cristiana de gran educadora, lo formó en un humanismo recio, hondamente humano y cristiano. En los momentos clave de su infancia y juventud acertó a decirle palabras que marcaron su fe en Dios y su confianza en María (en la primera confesión, primera comunión, imposición de sotana, primera misa...). Palabras y obras: su vida, su testimonio. Y sobre todo, a pesar de la temprana falta del padre de Juanito, supo crear un ambiente de familia de gran calidad, tanto en su casa como en la casa que años más tarde su hijo, el sacerdote Juan Bosco, construyó para los jóvenes sin familia de las calles de Turín. Se espera su pronta beatificación. Sin duda, su santidad fue el humus materno para la de Don Bosco.

También estuvo muy presente el anciano sacerdote don Calosso, capellán de su pueblo natal. En su bondad, sabiduría, sonrisa y atención a los más pobres y pequeños encontró Juanito el corazón de

Jesús, al buen pastor. Y con él comenzó a comprender lo que es la vida espiritual. Le aconsejó, entre otras cosas, que hiciera todos los días una breve meditación, enseñándole cómo debía hacerla para sacar provecho. A veces la hacían juntos. A su lado aprendió la importancia que la cercanía y la confianza del sacerdote tienen para los niños y jóvenes. Para Juanito fue signo y portador del Amor de Dios; de un Dios Padre, Amor y cercanía. Con don Calosso experimentó ya aquello que Bosco diría a sus salesianos más tarde: «*Amad a los niños, a los jóvenes; y que se den cuenta que se les ama*»,... «*haceros querer, no temer*».

### En su juventud, comunicador de alegría y vida

Siendo estudiante en Chieri, el joven Juan fundará con varios de sus compañeros la “Sociedad de la Alegría”, que será un diseño de lo que habría de ser toda su vida. «*Me honraban como al capitán de un pequeño ejército*», comenta. Les dio un reglamento sencillo en el que la alegría del deber cumplido fuese radiante: Alegría expansiva, fraguada en la fuente de la intimidad con Cristo.

Más tarde, el amigo, maestro y santo sacerdote José Cafasso acompañó su vida en los años del seminario y en los primeros de su sacerdocio. Escribiendo de él dirá más tarde Don Bosco: «*Si hice algo bueno en la vida, se lo debo a este sacerdote excepcional, en cuyas manos deposité todas las preocupaciones y las acciones de mi existencia*». Durante 19 años cruciales, el Espíritu Santo aconsejó, animó y orientó a Don Bosco a través de Cafasso; fue su confesor y director espiritual, al igual que de otros muchos jóvenes sacerdotes que llegarían a ser canonizados. San José Cafasso ha sido proclamado patrono y protector del clero italiano.

Luego Don Bosco, a lo largo de su vida, pudo dar consejo, consolar y reconfortar en el confesionario, en los patios y en las calles, a miles de jóvenes y de personas de todas las edades, muchas de las cuales se animaron a la santidad por la convicción de su palabra y testimonio. Al mismo tiempo, fueron para él acicate a la santidad.

### El oratorio, fragua de santos

Pensemos, por ejemplo, en los jóvenes recogidos en el Oratorio de Valdocco: Savio, Besucco, Magone... y una lista innumerable. Domingo Savio, de 15 años, fue el primer santo de esa edad, no mártir, en la historia de la Iglesia. Es una de las primeras biografías que escribe Bosco (antes había escrito la de un compañero seminarista, Luis Comollo, amigo entrañable, y del que, con emoción, escribió que había sido para él determinante en la lucha por superar algunos de sus defectos y vivir con más hondura las prácticas de piedad...). La relación con Comollo (en su manera de hacer había exageración en la búsqueda de penitencias, etc.) le sirvió también para confirmarse, según el humanismo cristiano de San Francisco de Sales a quien tenía por modelo, que el mejor camino a la santidad es «*hacer bien, sencillamente bien, lo que hay que hacer, y en eso se da gloria a Dios*».

Por eso, cuando Domingo Savio (veinte años más tarde), después de oír de labios de Don Bosco una plática sobre la santidad, quiere a toda costa hacerse santo introduciéndose por un camino desencarnado parecido al de Comollo... Don Bosco le detiene con decisión. Quiere de él una serena y moderada alegría fruto del deber cumplido y de la relación íntima con el Señor y su Madre, la Virgen. Escribirá: «*Le aconsejé que fuese perseverante en el cumplimiento de sus deberes de piedad y de estudio y le*



*recomendé que no se olvidase de jugar en los recreos con sus compañeros».*

Y cuando Don Bosco le dice que quería hacerle un regalo, él contesta de inmediato: *«El único regalo que le pido es que me ayude a hacerme santo».* Pero Domingo era igualmente expeditivo y directo con sus iguales: fundó en el Oratorio la “Compañía de la Inmaculada” con un grupo de compañeros, con la finalidad de ayudarse en la opción hecha por la santidad. La mayoría de ellos serían más tarde los primeros salesianos... Pero expeditivo lo fue hasta con el mismo Don Bosco. Cuenta un joven maestro: *«Un día me encontré por casualidad junto a Don Bosco que hablaba con el jovencito Domingo Savio. Me quedé asombrado al ver que, aquel a quien yo creía un poco tímido, hablaba poniendo las manos en jarras y se dirigía a Don Bosco con toda seriedad, diciendo: - Estas cosas no se pueden tolerar en el Oratorio, es un escándalo y no se pueden tolerar; Don Bosco... tiene que hacer algo».* Cuando Don Bosco, más tarde, escriba la vida de estos jóvenes lo hará con la clara determinación de que otros puedan encontrar en ellos luz y estímulo.

¿Y qué decir del huérfano Miguel Rúa? Crecería a su lado prometiéndole ya de niño trabajar siempre a medias con él; será del grupo inicial salesiano, su más íntimo confidente y, por fin, su primer sucesor en la congregación por él fundada. La Iglesia lo ha proclamado beato. Y con Rúa aquellos otros jóvenes formados salesianos al lado de Don Bosco: Juan Cagliero, José Buzzetti, beato Felipe Rinaldi...

## Santidad fecunda

Un día Don Bosco tuvo un feliz y providencial encuentro con María Mazarello y sus compañeras, las “Hijas de la Inmaculada”, las muchachas de Mornese. Junto con su párroco, don Pestarino, ya habían comenzado en común un certero y decidi-

do camino a la santidad antes de verse con Don Bosco. Ardía en sus corazones una llamada en favor de las niñas muy parecida a la que Don Bosco tenía con los niños y los jóvenes. El santo de Turín queda impresionado de la bondad y laboriosidad de aquellas muchachas. María Mazzarello será la cofundadora de las Hijas de María Auxiliadora (popularmente salesianas) y su primera superiora. Hoy la veneramos como santa.

¡Qué bendición fueron para Don Bosco los dos Papas que llegó a conocer, Pio IX y León XIII! A ellos les confió sus proyectos y les pidió ayuda para fundar las ramas de los consagrados y la de sus cooperadores salesianos. De ellos imploró siempre su bendición para sus jóvenes y misioneros. Sobre todo, Pío IX, declarado beato recientemente, se sintió cofundador junto con Don Bosco de la Familia Salesiana; le animó y estimuló siempre; le instó a escribir las *Memorias del Oratorio*, joya preciosa en el conocimiento de la espiritualidad y pedagogía salesiana, y en la iluminación de un proceso de ambiente educativo capaz de hacer crecer juntos en la santidad.

María, madre llena de ternura y de bondad, le acompañó siempre en el camino de la vida desde la clave a la santidad hasta el punto que pudo exclamar al final: *«¡Todo lo ha hecho ella!».* Desde niño fue para él la Pastora vigilante, la Inmaculada purísima y la Auxiliadora siempre y sobre todo en los momentos difíciles. La Maestra, la Santa entre los santos.

Y en el centro continuamente Cristo, su Espíritu, en su Palabra y en sus sacramentos, como luz que ilumina los pasos y como fuego que mueve los corazones a la acción. Como en un cuadro de Pentecostés... allí también Don Bosco, allí su Familia religiosa.

Una santidad compartida desde el inicio al ocaso.

# Rocca di Papa. Una tumba especial

*Cristina Negro - Corrado Martino*

*Cualquiera que se acerque a visitar el cementerio de Rocca di Papa, subiendo hacia los sectores más altos, encontrará en un amplio espacio cubierto de chinarro de mármol blanco, una tumba cubierta con una gran lápida en la que está grabado, con caracteres manuscritos, la frase: “Nosotros hemos creído en el Amor”.*

**U**N bajo y largo muro, de ligera y delicada forma oval, delimita el espacio y hace de fondo; sobre él destaca un gran cuadro con el rostro de Cristo crucificado<sup>1</sup>, rodeado por variedad de fotos con rostros luminosos, el nombre de cada uno y la frase del Evangelio tenida como programa de vida de los allí sepultados.

Son todos miembros del Movimiento de los Focolares, entre los cuales varios de las primeras y primeros compañeros de C. Lubich que, junto con ella, vivieron la fascinante aventura de redescubrir el infinito Amor de Dios, en la iluminación constante de cada Palabra suya en el Evangelio y traducirla en vida.

Pero dejemos que sean Chiara misma, y algunos entre sus primeras y primeros compañeros, los que nos cuenten algunos episodios del resurgir de esta nuevo camino, el carisma de la unidad, y del fuerte vínculo

que se estableció entre ellos; vínculo que “ni siquiera la muerte habría podido cancelar”.

### Chiara

Comenzamos con un episodio muy conocido en la historia de los orígenes del Movimiento, un punto de partida fundamental, como repitió Chiara en distintas circunstancias. Así lo describe ella:

*«En aquellos días, un sacerdote me pide que ofrezca a Dios algún momento de mi jornada. Impulsada por la generosidad juvenil, respondo: “¡También toda la jornada!”. El sacerdote, impresionado, me hace arrodillarme, me da su bendición y me dice: ‘Dios la ama inmensamente’. Estas palabras dichas por un hombre al que Dios ha dado autoridad espiritual sobre los otros, me produjeron un gran efecto. Lo que como cristiana había aprendido desde pequeña, es decir que Dios es Amor, que Él me conoce, que –como dice*

*Jesús— cuenta hasta los cabellos de mi cabeza, entra en mi mente y más en mi corazón de una manera novísima, como una fulguración: “¡Dios me ama! ¡Dios es Amor!”*» .

En otra ocasión Chiara puntualiza: *«Hay que decir que por mi fe... estaba predispuesta a aceptar la realidad de Dios como Amor. Pero, entre otras circunstancias que la reclamaban fuertemente en aquellos días, la frase “Dios la ama inmensamente”, que una persona me dirigió... hizo “estallar” aquella realidad que —me parece importante subrayarlo— no se quedó solo en mí, sino que enseguida pasó a ser patrimonio común.*

*Lo digo y lo repito a mis compañeras —escribí entonces—: “Dios nos ama inmensamente”, “Dios te ama inmensamente”. Y desde aquel momento las primeras focolarinas descubrimos a Dios presente en todas partes con su amor: en nuestras jornadas, en nuestros impulsos, en nuestros propósitos, en los acontecimientos alegres y reconfortantes, en las situaciones tristes, peligrosas y difíciles. Él estaba siempre, estaba en todo lugar y nos explicaba que todo era amor: lo que éramos y lo que nos afectaba; que éramos hijas suyas y él nuestro Padre; que nada escapaba a su amor, ni siquiera los errores que cometíamos, porque Él los permitía; que su amor envolvía a los cristianos como nosotros, a la Iglesia, al mundo y al universo... Y mientras la guerra subrayaba lo transitorio y lo precario que era todo, nosotras lo elegimos a Él como ideal de nuestra vida.*

*La respuesta que Dios suscitó en aquellas primeras focolarinas fue inmediata y significativa.*

*En una carta de 1944, que nos transmite el clima de aquellos primeros meses, describimos la irrupción de luz y de fuego con que Dios Amor se hizo presente entonces en nuestra vida, y lo interesante es que ya intuíamos el vínculo profundísimo que ellos habría de provocar en nosotras:*

*“Tú has sido deslumbrada conmigo por el resplandor incandescente de un Ideal que lo supera y lo sintetiza todo: ¡por el infinito amor de Dios! Él es mi Dios y tu Dios, el que ha trenzado entre nosotras un vínculo más fuerte que la muerte”*»<sup>3</sup>.

Más adelante, a un grupo de obispos, le

comunica el sentido más profundo de esta experiencia hecha con sus primeras compañeras:

*«Me preguntó sobre mi vida y me habló de la suya. Me dio su testimonio. Dios es amor. Yo veía que ella lo vivía. Era realmente lo que decía».*

*«Dios es Amor.*

*Somos conscientes, estamos profundamente persuadidas. Todo cambia en nuestra vida. La sonrisa aflora continuamente en nuestros labios, en medio de las incomodidades de la guerra, de las renunciaciones bajo los bombardeos, amenazados por la muerte: todo es expresión del amor de Dios.*

*Y Él imprime esta novísima fe en Él Amor en nuestro corazón como se entierra una semilla en un terreno.*

*Esta es nuestro gran, grandísimo descubrimiento. El mundo que nos rodea no lo sabe. Comunico la novedad a cuantos puedo: a mi madre, a mi padre, a mis hermanas, a mi hermano, a mis amigos.*

*Nosotras creemos en el amor. Esta es nuestra nueva vida. Por eso manifestamos el deseo de ser sepultadas —en el caso de que muriésemos por la guerra— en una sola tumba, y un escrito encima como nombre nuestro, porque aquel era nuestro ‘ser’: “Nosotras hemos creído en el amor” (cf. 1 Jn 4, 16)*»<sup>4</sup>.

## Natalia y Marilén

Quisiera ofrecer también algunos testimonios significativos sobre esta experiencia, tal como ha sido descrita por algunos de entre las primeras y primeros compañeros de Chiara.

Comenzamos con Natalia Dallapiccola, que fue la primera en unirse a Chiara.

*«En 1943 Natalia tenía 19 años; un senti-*

miento de tristeza acompañaba su vida. Invitada a un encuentro con Chiara (todavía dentro de la Tercera Orden Franciscana), la escucha hablar de amor: “Hay muchas cosas hermosas en la tierra, pero la más hermosa de todas es el amor. Si en la tierra podemos experimentar el amor, ¿qué será Dios que lo ha creado?” Testimonio Natalia: “Estaba completamente cogida. Sentí como si algo me elevase, justamente en el corazón de Dios. Todo en mi vida se había derribado y un gran amor de Dios se despertó dentro de mí... Me di cuenta que todo cuanto me había sucedido hasta aquel momento había sido querido o permitido por el amor de Dios”. Al final Natalia habla con Chiara: “Me preguntó sobre mi vida y me habló de la suya. Me dio su testimonio. Dios es amor. Yo veía que ella lo vivía. Era realmente lo que decía. Le dije que su conversación del domingo anterior había cambiado mi vida... le pregunté por qué no enseñaba esto a todo el mundo. “Sí, dijo, el mundo está esperando, pero nosotros no debemos predicar, nosotras debemos dar testimonio. Si vivimos este amor momento a momento, si vivimos como Jesús viviría, el mundo creará”»<sup>5</sup>.

Algún año después, María Elena Holzhauser (Marilén), que provenía de una militancia activa en la Acción Católica –pero que se encontraba en un momento de fuerte crisis espiritual– conoce a Chiara y a sus primeras compañeras. Transcribimos cómo describe ella su ingreso en el focolar el 16 de julio de 1949<sup>6</sup>, en donde resalta ser todas una sola cosa con Chiara: «El día siguiente, en Tonadico, Chiara me dijo que pidiera a Jesús en la Eucaristía una gracia, porque aquel era un día especial y cualquier cosa que le pidiera Él me la daría.

Yo no estaba abierta al Ideal, tenía el alma llena de mi cristianismo tradicional y de un fuerte espíritu crítico a todo y a todos. Me parecía más difícil mi conversión que la de una persona no religiosa, que todo lo acoge con ánimo abierto. Sentía fuertemente esta dificultad. Por eso pedí a Jesús el don de ser un “vacío” ante aquel “lleno”

de Dios que era el Ideal. Chiara no podría comunicarme su luz si mi alma no hubiese estado vacía ante ella.

Fue un período verdaderamente extraordinario. Queríamos ser un alma sola, ésta era nuestra única preocupación: una ascética fuerte, pero la vivíamos juntas. Cada día, después de la Misa, Chiara nos contaba la nueva comprensión que había recibido del Ideal. Esta luz nos iluminaba y nos envolvía a todas»<sup>7</sup>.

### Antonio y Enzo

Después del primer grupo de chicas, también algunos jóvenes siguieron a Chiara, haciendo la misma radical experiencia de la elección de Dios en el camino de la unidad.

Antonio Petrilli, al contar su primer encuentro con ella, resalta un aspecto que representa un poco la raíz de aquel estar unidos: «Yo temía no estar preparado, tenía cierto temor porque todos hablaban de Chiara y yo conocía el Movimiento hacia solo dos días. Pero vi que Chiara era tan sencilla que enseguida me encontré comodísimo, muy bien: se dirigió a mí como si me hubiese conocido desde siempre y también me dijo si tenía alguna pregunta que hacerle.

Yo le pregunté lo primero que me vino a la mente en aquel momento. Le pregunté cómo las focolarinas, aun siendo tan diversas la una de la otra, parecían al mismo tiempo todas iguales. No recuerdo las palabras exactas que Chiara me dijo, pero recuerdo la realidad que se me grabó dentro. Me habló de Dios como de un sol, que con sus rayos diversos llega a todos, a cada uno con un rayo suyo: cada uno debe esforzarse en caminar siempre sobre su propio rayo para poder llegar a Dios.

“Ésta –dijo Chiara– es nuestra vida: cada una camina en su rayo y esto hace que parezcamos diversas las unas de las otras. Pero como cada rayo forma parte del sol, cada una, caminando en su rayo, se convierte como en un trocito de sol. Esto es lo que hace que todas parezcamos iguales”. Yo nunca había oído hablar en mi vida de Dios así. (Como arquitecto, quizá tenía necesidad de una

imagen). *La imagen de aquel sol, de aquel Dios que ama a cada uno y hace a todos iguales a él, me penetró en el alma, no como una figura, sino como una realidad. Cuando salí del focolar aquella noche, me parecía ser otra persona*<sup>8</sup>.

Entre los primeros que entraron en el focolar en 1950, apenas terminados los estudios de medicina, también estaba Enzo María Fondi. Así recuerda él aquel período de sus primeros pasos en el camino de la unidad: *«Tras la licenciatura, los primeros meses practiqué... en la cocina del focolar y en distintas tareas. El focolar era, básicamente, una escuela de unidad, donde se aprendía a tener presente las veinticuatro horas a Jesús en nuestra convivencia y a superar esa incapacidad radical de amar de la que todos estamos afectados. Es una escuela que dura todavía, y cuyos exámenes no acaban nunca, pero todo el secreto de esta vida está en el amor con el que Dios nos ama y con el que nosotros, volviendo a empezar siempre, tratamos de amarnos*<sup>9</sup>.

## “Fundidos en una sola alma”

Podríamos continuar con muchos otros testimonios, tanto de las primeras y primeros compañeros de Chiara –de los que varios todavía viven– como de muchos otros focolarinos y miembros del Movimiento que han seguido y que actualmente siguen este camino.

El vínculo, “más fuerte que la muerte”, establecido por Dios entre todas estas almas, lo vemos expresado en este más que significativo párrafo de Chiara: *«No sé lo que sucederá cuando uno de nosotros parta para la otra vida; pero está claro que aquél o aquélla unirá el Cielo y la tierra. Sentiremos que ya hemos llegado allí y nos asombraremos al pisar la tierra todavía aquí. Porque Dios nos ha fundido en una sola alma. Y ésta es una realidad divina que ni siquiera Él quiere romper*<sup>10</sup>.

Finalmente, para realizar el deseo expresado por Chiara de ser sepultadas –en el caso de que hubiesen muerto a causa de la

guerra– en una única tumba con la inscripción: *«Y nosotras hemos creído en el Amor»*, en septiembre del año pasado, en la tumba del cementerio de Rocca di Papa, que lleva esa escritura, fueron trasladados los restos de las primeras y de los primeros focolarinos que ya están en el Paraíso.

Como conclusión de tal ceremonia, María Voce, actual presidenta del Movimiento de los Focolares, expresó este pensamiento: *«Verdaderamente es la única tumba... es una realidad que tenemos ante nuestros ojos... pero me agrada más pensar en ese “racimo” que camina al Paraíso, esa es la realidad de ellos y nuestra, porque Chiara nos ha visto a todos nosotros en ese “racimo”. Así, pues, mientras ellos caminan al Paraíso, nosotros seguimos caminando en la tierra para transformarla en Paraíso. Nos comprometemos ante ellos, que han completado este camino, haciendo nuestra parte»*.

<sup>1</sup> El mismo cuadro que tenían, como único objeto, además de los colchones por el suelo, en la estancia en la que comenzaba la vida de lo que más tarde se le llamó el “focolar”.

<sup>2</sup> C. Lubich, *Encuentros con Oriente*, Ciudad Nueva.

<sup>3</sup> Id., *Un camino nuevo. La espiritualidad de la unidad*, Ciudad Nueva, Madrid 2003, pp. 33-34.

<sup>4</sup> Id., *Dio Amore e la carità nel Movimento dei Focolari*, Rocca di Papa, 13.2.1979 (inédito)

<sup>5</sup> J. Gallagher, *Chiara Lubich. Dialogo e profezia*, Ed. San Paolo, Cinisello Balsamo 1999, pp. 30-31.

<sup>6</sup> Esta fecha coincide con el inicio de un período de especial luz sobre verdades de la fe, experimentada por Chiara y enseguida comunicada a quien estaba con ella. Fue un tiempo que en la historia del Movimiento es conocido como “Paraíso 1949” (cf. *Nuova Umanità XXX* (2008/3) 177, pp. 585-296).

<sup>7</sup> I. Pedrini, *Marilen. Semplicemente vivere*, Città Nuova, Roma 2000, pp. 51-52.

<sup>8</sup> D. Cumer, *Antonio Petrilli: “Ama il prossimo tuo come te stesso”*, en *Unità e Carismi XI* (2001/6) 27.

<sup>9</sup> F. Zambonini, *Chiara Lubich, la avventura de la unidad*, Ed. Paulinas, Madrid 1992, p. 140.

<sup>10</sup> C. Lubich, *Escritos espirituales /3*, Ciudad Nueva, Madrid 1998, p. 197.



# Grupos de Palabra de Vida y comunidades locales: «No hay experiencia pequeña»

*Pepe París, f.d.p. - M. Nieves Vázquez*

*A través de estas páginas quisiéramos lograr transmitir algunas características de los grupos de Palabra de Vida y comunidades locales con la intención de ofrecer a los lectores de este artículo la fuerza y la intensidad de muchas experiencias que aparentemente son “pequeñas”, pero que encierran el misterio evangélico de un Amor vivo y universal. Para ello entraremos sólo en algunos de los múltiples testimonios de los grupos y comunidades locales, “caminando” por ellos como Moisés cerca de la zarza, reconociendo en cada una de esas palabras un territorio precioso y en cierta medida “sagrado”.*

**C**OMENZAMOS con una pequeña comparación a la que nos gusta recurrir con frecuencia por su claridad. Si pudiéramos comparar la vida con un viaje en coche, nos encontraríamos con quienes llevan su propio auto con bastante autosuficiencia y sin muchas preguntas; con quienes un día se encontraron con Dios y le invitaron a subir al vehículo, seguros de que con su compañía podrían hacer maravillas sin riesgos, demostrando además de lo que eran capaces; y hay quienes un día caímos en la cuenta de que estábamos en un coche que no era nuestro, y que a Dios le gustaba ser su conductor mientras nosotros nos podíamos dedicar a disfrutar del paisaje plenamente (porque Dios da a sus amigos lo

que necesitan incluso cuando duermen).

Es precisamente dentro de este tercer grupo de personas en donde nacen experiencias como las que a continuación queremos compartir, y que tienen mucho que ver con la génesis y el crecimiento de los grupos de Palabra de Vida y comunidades locales que conocemos.

Por hablar de lo que nos es más cercano, podría contar de mi vida que yo soy un Hijo de la Divina Providencia (la congregación de Don Orión) y que por los sitios por donde he pasado como Italia, Venezuela y en mi país natal, España, he descubierto una clave que quiero compartir con vosotros, una clave que ha cambiado mi historia y creo que es capaz de cambiar cualquier otra. Es, si trata-

ra de explicarlo en términos biológicos, como si descubriéramos una “energía” que es similar al aire que respiramos, con la ventaja de que al encontrarla pudiéramos servirnos de ella sin gasto ni perjuicio. Porque la clave está en Jesús y es Jesús: Él ha asegurado que está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo. ¿Y esto es verdaderamente así? –se podrán preguntar algunos–. La respuesta es un rotundo “Sí”. Pero hay una condición para poder hacer esta experiencia, a todas luces arriesgada, pero inmensa y clara en su poder de convicción: saber que no eres tú, desde luego, quien lleva el coche de tu vida, sino que eres llevado y tienes que dejarte llevar.

Arriesgándome con otra metáfora, un día le decía a un amigo que es como la *nit del foc* (en la Comunidad de Valencia, “la noche del fuego”, la fiesta de las fallas) donde multitud de luces de colores invaden la noche convirtiendo lo alto en cielo, un cielo que, compartido por tantos, es impresionante y deja boquiabiertos, un cielo que más que estallar tímpanos hace que estallen los corazones.

## **Nuestro corazón estalla, porque tenemos a Jesús en medio de nosotros**

Y ya que la referencia anterior nos sitúa en Valencia, vamos a comenzar con una experiencia de una valenciana, madre de familia, e integrante de un grupo de Palabra de Vida:

*«Cuando empecé a vivir el Evangelio en grupo, al principio no entendía muchas cosas, pero si tuviera que resumir lo que entonces me impactó, fue el tener a ‘Jesús en medio’. ¿Qué significan estas tres palabras? Jesús está presente ahora, en medio de nosotros, como en el cenáculo, preocupado de nosotros, interviniendo en nuestras vidas desde la cercanía, y más aún cuando al empezar la reunión nos decimos: ‘Tenemos a Jesús en medio’, significando que estoy dispuesta a amar como Jesús, recíprocamente con quien ten-*

*go a mi lado, porque esa persona también está dispuesta a amarme como el mismo Jesús. Y eso a mí me da una fuerza, una confianza, un ánimo, que es lo que me empuja a seguir adelante, sentir que no camino sola, que somos una comunidad, que reza, que vive la eucaristía, que comparte las alegrías, y que en los malos momentos, en esos momentos de Jesús abandonado, es cuando más siento la fuerza del grupo, esa oración que yo no tengo fuerzas para elevar, pero que ellos lo hacen por mí, o viceversa, cuando alguno de ellos es especialmente probado, y me toca a mí el tenderle la mano y rezar».*

Quisiéramos destacar en esta experiencia la importancia de descubrir, poco a poco, y en comunidad, lo que es realmente tener a “Jesús en medio de nosotros”. Ese descubrimiento enmarca los que, posteriormente, se van haciendo en el seno del grupo de Palabra de Vida y se pueden trasladar a todos los ámbitos familiares, laborales, sociales en los que nos encontramos día a día. La grandeza del hallazgo de este “tesoro” es la misma para una madre de familia, en Manises (Valencia), que para una profesional en un Centro de apoyo a personas con discapacidad, en Asturias, que también nos cuenta:

*«En un primer momento me impactó que una forma de vida tan sencilla, y a la vez complicada de aplicar, como es hacer el bien al prójimo y dar de ti todo lo mejor, fuese capaz de movilizar tanto de la mano de Chiara Lubich, y que pudiera convertirse en un referente de vida para todos los que la siguen. Y es que amar al prójimo es algo que tenemos muy presente, que hemos escuchado por activa y por pasiva en nuestra vida, que queda patente en todas las religiones y es además una norma moral; pero para mí, el haber descubierto este carisma de la Unidad implica que ese criterio debe acompañar todas las acciones de cada día, es emplearlo en tu vida y con todos los que te rodean, amigos, conocidos, compañeros de trabajo, desconocidos, ver en ellos a Jesús, tratarlos como a Él... El grupo de Palabra de Vida es la ayuda para mantener en mi día a día la actitud de dar*

*Amor incondicional y “perder” un poco de mí para dárselo a los demás; saber estar al lado del vecino que lo está pasando mal; escuchar a la señora del autobús cómo le ha ido el día; dedicar unos minutos para revisar la sección de “Empleo” del periódico por si hay algún trabajo para un amigo que está en paro y desesperado... Cualquiera cosa, por pequeña que sea, porque el otro es lo primero y tú eres un vehículo de transmisión de ese gran Amor que Dios nos da».*

No sorprende encontrarnos y subrayar la palabra “perder”. Precisamente en un momento como el que vivimos, la palabra “perder” queda exenta de cualquier significado positivo. Y sin embargo, ¿puede tenerlo? Parece que la respuesta es nuevamente un “Sí”: perder para lograr la unidad, el bien, el Amor de todos y para todos. La novedad del Evangelio está aún vigente: perder para ganar, el grano de trigo que muere para dar fruto.

Poco a poco estamos dando un “salto” significativo: las experiencias no son ya individuales, como la de un niño que descubre su entorno o que va adquiriendo un lenguaje que le permita comunicar sus necesidades. La experiencia, llena de matices y llena a su vez de acciones que se renuevan en su significado con plenitud (preparar un encuentro, ser puntuales, preparar un lugar, escuchar, aprender, etc.), se viven y se articulan en la comunidad:

*«Valoro mucho el proceso de escucha en la comunidad. Vivimos en un mundo agitado, todos vivimos rápido el día a día, ¿no es cierto? Incluso para llegar a un encuentro de comunidad local hay que salvar obstáculos, apretar el acelerador, dejar la comida hecha... Los encuentros son escuela de muchas cosas, pero sobre todo de escucha, que no siempre es fácil tampoco aquí. Y sin embargo el lenguaje que hablamos es uno, ante la diversidad de experiencias e historias vividas. Y lo vivimos juntos. Lo escuchamos juntos. Lo transmitiremos juntos. El don de la escucha se aprende en el seno de la comunidad, encuentro*

*tras encuentro. ¡Cuántas veces me he propuesto escuchar más, mejor, y no lo he logrado! Entonces lo vuelvo a intentar, renuevo el deseo de hacer llegar al otro no tanto una palabra sino mi capacidad de acoger sus problemas, sus búsquedas...».*

### **Acoger lo inesperado siempre y con amor**

Otra característica que llama la atención de los grupos y comunidades es la “acogida” que parte -ahora ya lo sabemos-, de la presencia del Resucitado en medio de nosotros. Acogida de lo bueno, que llama a la fiesta, a la celebración alegre, y también acogida del dolor, de la necesidad, multiplicada en ocasiones, ignorada en otros ámbitos, y que estamos llamados a reconocer y a interpretar desde la óptica de Jesús:

*«Cuando preparábamos nuestro primer encuentro de la comunidad, en Aluche (Madrid), nos sorprendió el tremendo dolor de la explosión de los trenes bomba, el tristemente famoso 11 de marzo de 2004. Iniciamos nuestro camino desde aquella experiencia de dolor, entendiendo que teníamos que acogerlo en cada una de sus manifestaciones, que aprenderíamos como comunidad a compartirlo, y así ha sido. Para mí, una forma de acoger lo “inesperado” es en el rostro del dolor. Pero lo inesperado también se presenta en la llamada inoportuna que pide algo, en la petición de ayuda que tal vez no soy capaz de resolver, pero que, sin embargo, encuentra solución. En cada necesidad urgente, en cada motivo para compartir, se construye comunidad. En cada acogida de lo que quería definir como “inesperado”, he sentido que vivo en comunidad, aunque a veces, y más en una ciudad tan grande como Madrid, parezca que el ruido apague las voces y las conversaciones más profundas».*

### **De la Palabra a la experiencia**

Un denominador común es precisamente la comunicación de la experiencia que surge



del vivir el Evangelio. Y no siempre es fácil, como nos dice una catequista también de Posada de Llanes (Asturias):

*«En ese instante supe que algo muy grande había nacido en mí. Sin embargo, al principio tuve reticencias, dudas..., por el hecho de tener que comunicar mis experiencias en el grupo, cosa que consideraba poco humilde por mi parte, pues pensaba que si vivía el Evangelio, si hacía “algún” bien, debía quedar entre Jesús y yo y no darlo a conocer a nadie más. Estos recelos duraron justo hasta el primer encuentro del grupo. Ahora puedo decir que, al final del encuentro, expresé el deseo de que aquello que había aflorado en mí no muriese jamás. Significó un antes y un después. El antes caracterizado por centrarme sobre todo en mí y el después por centrarme en los demás».*

Quien vive la Palabra así conoce la fuerza transformadora de este proceso que no es humano. El proceso maravilloso de encontrarse, de crear comunidad, de entender la fuerza de la Palabra, no siempre es fácil ni rápido, ni se mide por los tiempos humanos. El engranaje de nuestros grupos de Palabra es la transmisión de la experiencia, por muy pequeña que sea. Esta expresión de “pequeñez” lo dice todo, pues de pequeños momentos se tejen no grandes ni grandilocuentes discursos: se teje vida, vida eterna.

*«Comencé a entender la fuerza de la comunidad local cuando valoraba la riqueza de experiencias porque en la diferencia de procedencias, profesiones, casados, no casados, había algo que se iba entramando de una manera única y perdurable: compartíamos “pequeñas experiencias”. Y entonces, no sé cómo decirlo, el alma se prepara para escuchar, a través de lo que otro ha vivido, la auténtica Palabra. Yo quiero pensar que era eso justo lo que les pasaba a los primeros cristianos: que, compartiendo el mensaje del Evangelio, su corazón vibraba y les animaba a actuar. Mi corazón empezó a vibrar un día de manera diferente, y lo que vivía lo podía llevar a otros y trans-*

*portarlo, con la fuerza de la comunidad, a mi trabajo, a mi familia, a mis amigos».*

## No hay “experiencia pequeña”

Preparando una reunión de comunidad, Pedro me recordó con cierta simpatía las muchas veces que en los encuentros se repetía la expresión: “voy a contar una pequeña experiencia”. A raíz de ello, guitarra en mano, él compuso una canción que se titula: “No hay experiencia pequeña”. Un día compartía también un cuento, en forma de metáfora, sobre el camino de la comunidad. Dejo aquí unos fragmentos para terminar, dejando la puerta abierta al Padre, al Hijo y al Espíritu que nos convocan:

*«Sólo os pido una cosa: cada vez que nos encontremos, traedme los hilos de las experiencias que habéis vivido, allí donde os he enviado. Una vez serán rojos de dolor, otras amarillos de oración y recogimiento, azules de trabajos realizados, naranjas de mensajes comunicados, verdes de esparcimiento y esperanza, negros de oscuridad, blancos de unidad... Necesito de lo vivido con autenticidad, para comunicarme con este mundo que se olvida de Mí”(...) Y fueron pasando los meses y la alegría de encontrarse fue creciendo. Cada uno sacaba su retahíla de colores y Dios teje que te teje. El Hijo iba recogiendo los hilos que el Padre introducía en el telar, mientras que el Espíritu hacía mover la lanzadera de un lado a otro del tapiz. Todos se asomaban con curiosidad a la obra que iba creciendo mes a mes, pero sólo podían distinguir una maraña de hilos que se cruzaban unos con otros...»*

*«Cuando Dios se manifestó, entendieron. Sin duda, el Sacramento del encuentro con el Hijo en los de rostro más desdibujado nos hace transformar en puro, todo aquello que el mundo desprecia. Pero el Sacramento, aún mayor que aquel, es el encuentro entre hermanos que, compartiendo los hilos conductores de sus vidas (experiencias compartidas de la Palabra) hacen visible su Presencia entre los olvidados y los que se olvidan».*

# En el rostro del más pequeño

*Antonietta Urdí, s.f.p.*

*Desde el descubrimiento de Dios Amor y de la espiritualidad de la unidad, al compromiso por construir la comunión a todos los niveles: en comunidad, en la formación y con los pobres.*

**N**UESTRA congregación, Hermanas Franciscanas de los Pobres, fundada en 1845 por la beata Francisca Schervier en Aquisgrán (Alemania), está llamada a descubrir en el rostro de los pobres y de los necesitados el rostro mismo de Cristo.

El encuentro entre nuestra familia religiosa y el Movimiento de los Focolares tiene lugar a comienzos de los años 70. En aquel tiempo, poco después del Concilio Vaticano II, la vida consagrada vive un momento de desorientación, de la que no se libra nuestra congregación. Una de nosotras, por una circunstancia providencial, conoce a un miembro del Movimiento. Después de un breve coloquio, siente nacer dentro de ella una nueva esperanza, una luz que le da el impulso de volver a empezar, partiendo del Evangelio. Las palabras de san Francisco: «*Nuestra única regla es el Santo Evangelio*», resuenan en ella como una nueva llamada y la Palabra vivida crea vida a su alrededor y la comunidad se contagia.

### Un nuevo rostro de Dios

En esa misma época, Dios se me revela

por mediación de mi párroco, un religioso salesiano del Movimiento de los Focolares. Quizá este religioso capta la sed de Dios que hay en mí, de un Dios al que pido concretamente que dé respuesta a mi dolor y a mi desorientación a raíz de la muerte de mi padre.

Con el entusiasmo contagioso que lo caracteriza, me transmite, a través de pequeñas experiencias cotidianas, su amor a Jesús crucificado y abandonado, «*su secreto*», como él lo llama. Al principio no comprendo muy bien cómo vivirlo, pero intuyo que se trata de una revolución, en comparación con lo que yo había oído hasta entonces en la catequesis. El rostro de Dios que conozco ahora es el de un Dios cercano, un Dios Amor que murió por mí.

Un día me invita a un encuentro del Movimiento de los Focolares. A pesar de las trabas que puso mi familia, lo supero todo con una fuerza y una decisión nunca experimentada antes, y consigo asistir con una amiga.

En el lugar se respira un ambiente de fiesta y de alegría. Me impresiona y me fascina la numerosa presencia de jóvenes, adultos, niños, sacerdotes, religiosos, discapacitados,

personas de todos los ámbitos sociales... Verdaderamente, me hallo ante algo nuevo, jamás imaginado. Ciertamente, no lo entiendo todo de inmediato, pero tengo clara una cosa: también yo me siento contenta, serena, he encontrado respuestas a mis porqués y estoy dispuesta a lanzarme a la nueva aventura. Yo también quiero vivir haciendo de la Palabra de Dios la estrella y la fuerza de cada paso mío. Vuelvo de aquel encuentro guardando mi secreto. He encontrado la perla preciosa de mi vida: Jesús abandonado.

En este momento de mi camino, conozco a las Hermanas Franciscanas de los Pobres. Su estilo de vida, su forma de comportarse entre ellas y con la gente, me hacen descubrir la comunión que ya viven con el Movimiento de los Focolares. Me impresiona la frescura y la belleza de su modo de vivir y comunicar la Palabra de Dios.

### Delante del portón

Pasados unos años, entro a formar parte de su familia religiosa. Durante el tiempo de la formación aprendo a conocer, profundizar y amar el carisma de la beata Francisca Schervier: *«Sanar las llagas de Cristo Crucificado en la humanidad pobre y sufriente»*. Entre tanto el carisma de Chiara Lubich me ayuda a comprender la belleza y la actualidad del mío. *«Cualquier cosa que hayas hecho al más pequeño de mis hermanos, me la has hecho a mí»* (cf. Mt 25, 40), nos recuerda en sus escritos nuestra fundadora: nos comprometemos a hacer circular entre nosotras la caridad y la misericordia recíproca que brota de la relación con Jesús crucificado y abandonado, y recibimos el impulso para volver a empezar siempre y vernos con ojos nuevos cada día.

Acabado el noviciado, parto a una nueva comunidad. No obstante el entusiasmo y las ganas que tengo de probarme y crecer, siento profundamente el dolor del corte con las personas con las que he compartido la vida en aquellos años de luz y de gracia.

La inserción en la nueva comunidad no es fácil. En especial, me resulta difícil la relación con una hermana. Tengo que convivir a menudo con sus altibajos y su fácil irascibilidad. No me siento aceptada y me cuesta comunicarme con ella. Esta situación me produce mucho dolor y no logro superarla. Una noche, de vuelta de un encuentro con jóvenes, después de una jornada especialmente difícil en la comunidad, llego al portón de casa y siento una punzada en el corazón; tengo la sensación de no poder entrar. Me quedo allí parada durante unos minutos con lágrimas en los ojos y me digo a mí misma: *«También en este dolor está Jesús crucificado y abandonado»*. Y me resulta natural añadir: *«Te vuelvo a elegir como mi todo, y solamente por ti abro este portón»*.

Desde aquel momento trato de no huir de las dificultades y mirar con ojos nuevos a la hermana, aprovechando cualquier ocasión para amarla: la atiendo cuando vuelve del trabajo de modo que no esté sola en la comida, y me intereso por ella, por sus actividades y preocupaciones.

Poco a poco también ella empieza a preguntarme cómo estoy, cómo va el colegio y el trabajo con los jóvenes. Percibo fuertemente que mi actitud disuelve sus prejuicios y la hace más receptiva y serena. Nace una relación de confianza mutua que le permite sentirse libre para comunicar sus dificultades y preocupaciones, creando entre nosotras una competición concreta de caridad. Doy gracias a Dios por la experiencia vivida aquel año y la considero una verdadera palestra de vida.

### Construir la unidad con todos

El encuentro con el carisma de Chiara Lubich me pone en el corazón, desde el comienzo, un fuerte deseo de construir con todas relaciones de unidad. Como religiosa, siento que Dios me pide construir lazos de comunión con las distintas congregaciones a través de las religiosas que tengo ocasión de conocer. En los años en que sirvo a mi familia religiosa

como formadora, conozco a muchas religiosas encargadas de la formación. La Escuela Intercongregacional para Novicias, los congresos anuales o los destinados a las formadoras son ocasiones para intercambiar experiencias, para dialogar sobre contenidos formativos, para compartir dificultades y alegrías, conquistas y esperanzas. Estos momentos de comunión y de unidad brotan del deseo profundo de conocer a la otra, tal vez con gestos sencillos como un saludo, una información que pedir, una dificultad que compartir, etc.

Tengo ocasión de organizar jornadas mensuales en los diversos noviciados para estar juntas y poder ir más en profundidad en el conocimiento de los distintos carismas. Por la comunión que se construye, surge espontáneo compartir la alegría de los momentos más importantes de la vida de cada una. Somos muchas las que participamos en las profesiones religiosas o en acontecimientos significativos de cada congregación, como la fiesta del fundador o fundadora. Se observa en todas una nueva apertura, oramos unas por otras, llevamos en el corazón como propias las obras de las demás, con las penas y alegrías que comportan. Personalmente esta experiencia me ha producido mucha alegría y esperanza.

### Chocolate y peluche

Vivo durante un período en una comunidad para acogida de chicas extranjeras obligadas a ejercer la prostitución, en contacto con mujeres explotadas y no amadas, mujeres extraviadas, atemorizadas, que han perdido su identidad. Junto a ellas aprendo lo discreto que ha de ser el amor, pero también que ha de ser creativo, en los gestos, miradas y sonrisas que a menudo se convierten en formas de comunicar y entrar en sus corazones heridos.

Un día nos confían a una menor, de origen rumano, un tanto rebelde y difícil, que se había escapado de su casa. No habla italiano. Cuando llega, tengo ante mí una chica de diecisiete años, con una mirada triste y

temerosa, que abraza un pequeño peluche. La acompaño a su habitación, trato de que se sienta a gusto y la ayudo a instalarse. Luego le ofrezco algo de comer, pero está tan abatida que todo el día me repite que no tiene hambre. Entonces trato de pensar en su estado de ánimo, imagino que le podría gustar el chocolate y se lo preparo.

¡Imposible describir su cara cuando llego a la habitación con el chocolate! Me siento junto a ella en su cama y la miro: sus ojos tristes imploran ayuda y comprensión. Comenzamos a hablar y poco a poco, con mucho esfuerzo porque casi no me entiende, me cuenta su historia de pobreza y sufrimiento. Al día siguiente voy a verla a su habitación. Está siempre abrazada a su peluche e insiste en rechazar la comida. Le pido que me acompañe a la cocina y me doy cuenta de que, sólo si estoy a su lado, come algo.

Enseguida siento que entre nosotras ha surgido una relación de confianza, se ha abierto y se ha dejado amar. En los pocos días que pasa con nosotras piensa mucho en su vida y decide volver a Rumanía. La mañana que marcha me pregunta mi nombre.

Por la noche, entro en su habitación y, con gran sorpresa, veo sobre el escritorio su querido peluche y un folio doblado para mí. Lo leo y me conmuevo profundamente: me ha dejado su peluche y una cartita donde me da las gracias por haber estado a su lado. Así tengo la confirmación de que le ha llegado mi amor y le ha dado la fuerza necesaria para volver a empezar. La carta concluye diciendo: «*No me olvides*». Estas palabras las llevo en el corazón como un compromiso de encomendarla continuamente a Dios para que la sostenga y la ilumine en sus decisiones.

Hoy, aquí en Roma, trato de continuar este camino de comunión y de unidad con los hermanos que Dios pone a mi lado. Deseo compartir con cada uno la alegría y la plenitud que da vivir su Palabra y experimentar su Amor.

### Unidad y Carismas

# La belleza de comunicar el alma

*Andrea Patanè, f.f.m.*

*Un joven religioso cuenta algunos momentos en los que ha puesto en práctica uno de los instrumentos de la espiritualidad de comunión, propuestos por Chiara Lubich. Durante un retiro, en comunidad y con religiosos de distintos carismas.*

**O**í hablar por primera vez sobre “comunión del alma” a mi director espiritual que me acompañó en los tres primeros años de vida religiosa. Con frecuencia, en nuestros coloquios, cuando yo había terminado de abrirle el corazón, comunicándole lo que Dios estaba actuando en mi vida, me decía: «*Gracias por esta comunión del alma*». Después, su respuesta era sorprendente; me comunicaba lo que Dios había realizado en lo íntimo de su espíritu mientras yo le hablaba, como si el abrir mi alma hubiese sido, para él, el texto de meditación.

Escuchar sus resonancias era para mí una luz extraordinaria. Ver que mi experiencia operaba en otra alma, me hacía comprender mejor la obra de Dios, el verdadero significado de muchas cosas, la intervención divina que, tal vez, yo no había advertido. Me ayudaba a mirar la realidad con los ojos de Dios. Era una plena comunión del alma, no partiendo de un texto de medi-

tación, sino de nuestra personal historia de salvación. Y, por su parte, el coloquio siempre terminaba con la recitación espontánea del Magnificat: «*Cosas grandes ha hecho en nosotros el Omnipotente*» (cf. *Lc 1, 49*).

Poco a poco, fui conociendo el Ideal de Chiara Lubich y enamorándome de él. Comencé, por ella, a comprender en qué consistía este instrumento de la espiritualidad de comunión. En las ocasiones que he tenido la posibilidad de experimentar una verdadera comunión del alma, con la presencia de Jesús “en medio” (cf. *Mt 18, 20*), he obtenido un grandísimo provecho.

### **Durante el retiro**

Una vez me encontraba con otros hermanos religiosos en un retiro de una semana en Loppiano, en el Centro internacional de espiritualidad *Claritas*. Un tema de Chiara nos había impresionado, haciéndonos intuir, con la gracia de Dios, la grandeza del caris-

ma de la unidad y su capacidad de reavivar y fecundar, como rocío que refresca la tierra, toda la Iglesia y toda la vida consagrada.

Después de compartir estas cosas, todos nos sentíamos partícipes de las gracias del otro, de sus propósitos para llevarlos adelante juntos unidos, enriquecidos con nuevo empuje y nuevos sentidos.

La comunión del alma que siguió fue realmente extraordinaria, para mí una luz indescriptible. Me hizo ver cómo el Espíritu iluminaba el alma de mis hermanos, cómo la gracia les hablaba, cómo Dios entraba en comunión con ellos. Por un lado, con la riqueza de las intuiciones de ellos, captaba infinitamente mejor lo que yo había comprendido; por el otro, aquel momento echó una novísima luz sobre cada uno de ellos, abriéndome los ojos sobre su mundo interior.

### En comunidad

Una noche, estaba en casa recitando con un hermano la Liturgia de las Horas. Mientras me estaba esforzando por rezar conscientemente y del modo más digno posible en la presencia de Cristo Esposo, también yo como esposo, me pareció que el Señor me hacía entender de modo claro: «*No solo tu alma está ante mí como esposa, sino vuestras dos almas, juntas, están delante de mí como esposa*». Era evidente: no yo solo, sino la comunidad entera era su esposa. Nosotros dos, juntos, éramos Iglesia Esposa.

Entendí que no podía guardar para mí esta luz y, enseguida, se lo comuniqué a mi hermano. La luz se multiplicó, quedando también él impresionado mientras yo se lo decía, porque, de hecho Dios mismo lo decía a su corazón. Hicimos, unidos, el

propósito de ser juntos Iglesia Esposa de Cristo y no vivir ya individualmente, sino juntos, en la presencia de Cristo.

### Con los religiosos

Otro momento importante fue con otros religiosos de carismas diversos. Escuchábamos una conversación en audio en la que Chiara contaba una profunda experiencia suya de Dios. Sus palabras nos tocaron a todos muchísimo. La comunión del alma que siguió fue particularmente rica, porque, en cada uno, la gracia había tocado nuestra alma de distintas formas.

Quedé simplemente fulgurado y comuniqué, con palabra balbucientes, toda mi maravilla, la admiración y el deseo de plena adhesión a aquella realidad que se nos había dado. Otro, sin embargo, había sido iluminado sobre los aspectos más prácticos, de aplicación pastoral y de realización concreta en esta tierra de las «*cosas de arriba*» (Col 3, 1). Un tercero, por último, había reconocido en las palabras de Chiara nuestra verdadera identidad de religiosos adherentes al Movimiento de los Focolares y se había sentido impulsado a vivirla más profundamente.

Cada uno de nosotros había sido iluminado sobre aspectos diversos, pero todos verdaderos, todos del Espíritu. Después de compartir estas cosas, todos nos sentíamos partícipes de las gracias del otro, de sus propósitos para llevarlos adelante juntos unidos, enriquecidos con nuevo empuje y nuevos sentidos.

Me doy cuenta que estoy solo al comienzo de la práctica de este instrumento de la espiritualidad de comunión y me siento empujado a nuevas perspectivas, para saborear la belleza de un nuevo recorrido, y quiero recorrerlo hasta el final, hasta la plena comunión con Dios y con los hermanos, a la plena realización del «*ut omnes*» (que todos sean uno).



# Camino de unidad entre Movimientos Eclesiales y Asociaciones de la Iglesia: Carismas al servicio de todos

*Maria Dolores Redondo*

*Se ha celebrado el 2 del pasado mes de junio la Jornada de Reflexión del Foro de Laicos que, como cada año, ha reunido a los representantes de diversas Asociaciones y Movimientos de la Iglesia, para caminar juntos ejerciendo la corresponsabilidad propia del laicado.*

### **Construyendo unidad en el Foro de Laicos**

Sin dejar de lado la importancia de este acontecimiento por su contenido, ha surgido de forma espontánea en algunos, que participan esporádicamente, el felicitarnos por el camino de unidad que se ha construido en la historia de este encuentro entre los diversos carismas.

Aunque se habían dado algunos pasos preliminares, tal vez con escasa visibilidad, sobre todo para quien vive en ámbitos diversos de los eclesiales, el momento decisivo en este camino de unidad lo podemos datar el 30 de mayo de 1998, vigilia de Pentecostés: Juan Pablo II convocó en Roma, en la Plaza San Pedro, a los Movimientos y nuevas Comunidades para ofrecer un testimonio común y «mostrar la primavera de la Iglesia».

Fue un evento histórico que reunió por primera vez a fundadores y miembros de dichas asociaciones. Cada uno fruto de un carisma particular dado por el Espíritu Santo a la Iglesia y a la humanidad para responder a las necesidades de nuestro tiempo.

En 1992, el documento *Cristifideles laici* (Iglesia en el Mundo) había puesto de relieve la importancia que este pontificado daba a esta realidad de la Iglesia, el Laicado, que constituye el 97% de sus miembros.

En aquel Pentecostés '98, Juan Pablo II mostró a las nuevas realidades eclesiales su lugar en la Iglesia, definiéndolas como expresiones significativas del aspecto carismático, constitutivo de la Iglesia, y como parte co-esencial al aspecto institucional.

Sabiendo que el Papa deseaba ardientemente que los Movimientos estuviesen en comunión entre ellos, Chiara Lubich, funda-

dora del Movimiento de los Focolares, prometió a Juan Pablo II que se comprometería a trabajar con todas sus fuerzas por la fraternidad y la unidad entre los Movimientos.

Los frutos madurados en estos años son abundantes, sobre todo gracias a los centenares de jornadas realizadas, según el modelo de Pentecostés '98, en numerosos países del mundo, con la colaboración conjunta de más de 300 Movimientos y Nuevas Comunidades.

Esta comunión se actúa de varias formas: rezando unos por otros; compartiendo proyectos comunes, también a nivel social; poniendo en funcionamiento una fraterna hospitalidad recíproca; participando en las respectivas celebraciones y congresos; reservando en las propias publicaciones un espacio para este diálogo.

De lo realizado en España citaremos como ejemplo el artículo en la revista Ciudad Nueva, sobre Pedro Poveda, fundador de la Institución Teresiana en el centenario de su nacimiento; o la colaboración de la comunidad de San Egidio en la misma revista, ofreciendo en momentos de crisis experiencias de participación de bienes, especialmente de atención a los más pobres.

### **Las actividades conjuntas, muchas y variadas**

Cada año, algunos responsables de Movimientos y Asociaciones se reúnen para una cena de amistad. Es un momento para compartir alegrías y dolores, logros, conquistas, dificultades... que culmina en una oración fraterna, encomendando al Padre todo aquello que Él mismo nos ha confiado.

Otras veces se trata de la participación en las actividades o proyectos de los demás: solemos participar en la Asamblea anual de la Renovación en el Espíritu, invitados como hermanos en la única fe; se trabajó activamente en la recogida de firmas para una

moratoria de la pena de muerte que promovió la comunidad de San Egidio; participamos en el congreso de Universidades promovido por las Cruzadas de Santa María; siempre que es posible, estamos presentes en las celebraciones y aniversarios.

Y participamos activamente en el Foro de Laicos, dando nuestro tiempo y aportando cuanto nos es posible. En la Comisión Permanente de dicho Foro, de la que formamos parte, se tiene la ocasión de trabajar codo con codo junto a otros Movimientos y Asociaciones para el bien de la Iglesia: Institución Teresiana, Movimiento Familiar Cristiano, Cooperadores Salesianos, Juventudes Marianas Vicencianas, Vida Ascendente, Hermandad Obrera de Acción Católica, Franciscanos de María, Heraldos del Evangelio y otros que han pasado en estos años. Tenemos modos muy distintos de ver las cosas, o de actuar frente a las situaciones que plantea la vida, pero experimentamos cada vez más que somos capaces de ir más allá de nuestra propia visión, escuchando hasta el fondo la idea del otro, participando de las distintas sensibilidades. Y esta experiencia se transmite cuando, en las reuniones anuales con todos los Movimientos que forman parte del Foro, vivimos la alegría de la Iglesia Unida.

De este modo, se alimenta el amor recíproco que debe caracterizar las relaciones entre distintas asociaciones: un amor que descubre y valora el don de cada realidad eclesial, hasta amarlo como al propio; un amor que es un testimonio eficaz para hoy, como afirma Tertuliano que decían los paganos sobre los primeros cristianos: *«Mirad cómo se aman, están dispuestos a morir los unos por los otros»*.

### **Una vocación muy determinada**

Los nuevos Movimientos y Comunidades están ayudando a los cristianos *«a vivir más radicalmente el Evangelio; son cuna de diversas*



vocaciones y generan nuevas formas de consagración; promueven sobre todo la vocación de los laicos y la llevan a manifestarse en los diversos ámbitos de la vida; favorecen la santidad del pueblo; pueden ser anuncio y exhortación para quienes, de otra manera, no se encontrarían con la Iglesia; con frecuencia apoyan el camino ecuménico y abren cauces para el diálogo interreligioso; son un antídoto contra la difusión de las sectas; son una gran ayuda para difundir vitalidad y alegría en la Iglesia»<sup>1</sup>.

## Comunión con las Familias Religiosas

La comunión con Familias Religiosas, nacidas de carismas antiguos, iniciada con el encuentro entre Chiara y la Familia Franciscana en Asís en octubre de 2001, y seguida por el encuentro con la Orden Benedictina en Monserrat, en España, en noviembre de 2002, y otros... Los Movimientos eclesiales y diversas Familias religiosas se volvieron a encontrar en Asís el 23 de octubre de 2010.

## Relación con Movimientos de otras Iglesias cristianas

Aperturas también en la relación de conocimiento y amor fraterno con Movimientos nacidos en el seno de varias Iglesias cristianas. A partir del otoño del '99 se desarrollaron y consolidaron múltiples contactos como resultado de dos grandes manifestaciones: "Juntos por Europa", en Stuttgart (Alemania), en mayo de 2004 y de 2007, como un aporte a la auspiciada edificación de la "nueva Europa del Espíritu", para iluminar el camino con la luz del Evangelio. En 2012 este acontecimiento ha tenido su tercera edición en Bruselas.

En las páginas web de algunos Movimientos podía leerse el 12 de mayo<sup>2</sup>:

*«Mientras en Europa renacen nacionalismos y divisiones, la crisis económica ahoga a varios países y cuesta pensar en un futuro común, cristianos*

*de varias Iglesias, pertenecientes a movimientos y nuevas comunidades, se han reunido hoy en Bruselas, en el Gold Hall del Square Meeting Center, y en conexión por satélite con otras 144 ciudades europeas, por iniciativa de "Juntos por Europa" edición 2012, tras las de Stuttgart 2004 y 2007. Más de mil personas, en Bruselas, provenientes de toda Europa y otros miles en 22 países, lanzaron un mensaje de esperanza, unidad y paz a Europa».*

Los promotores del evento fueron cientos de Movimientos y Comunidades de Europa, entre los que cabe contar a YMCA de Alemania, Schönstatt, la Comunidad de San Egidio, el Movimiento de los Focolares, Fondacio, la Cristusbruderschaft Selbitz, Syndesmos (jóvenes ortodoxos) y la Fraternidad carismática católica. Ante parlamentarios, políticos y administradores de varios países, obispos evangélicos, ortodoxos y católicos, hombres y mujeres de cultura y representantes de la sociedad civil, se proclamó el manifiesto *«Juntos por Europa 2012»*. Remitiéndose a la visión de unidad de los padres fundadores de Europa, los Movimientos y las Nuevas Comunidades hacen un llamamiento a los pueblos europeos para que afronten, unidos, los desafíos del mundo globalizado y no se cierren en la irrelevancia. *«Europa es un destino y una necesidad porque hace realidad, en una diversidad reconciliada, la civilización de la convivencia»*, se lee en el manifiesto.

María Voce, presidenta del Movimiento de los Focolares, refiriéndose al camino que ha llevado al evento de hoy, ha hablado de *«una tarea fascinante que prepara, en un espíritu de comunión, un futuro de fraternidad y de paz para las personas y para los pueblos»*. También hicieron su aportación a la manifestación el ex presidente de la comisión europea, Romano Prodi –que destacó la *«fuerza humilde de Europa»*–; el ministro italiano de Cooperación internacional e integración, Andrea Riccardi, Thomas Römer, de YMCA de

Múnich, y el economista Luigino Bruni. Entre los asistentes, estaba el comisario europeo John Dalli, el ministro belga Mark Eyskens, y el francés Jacques Barrot.

En su mensaje, el presidente del Consejo europeo, Herman Van Rompuy, afirmó que «*el destino europeo se basa en la filosofía de la relación y del encuentro: una unidad en la diversidad y para la alteridad*». Riccardi, (fundador de la Comunidad de San Egidio, y ahora ministro italiano) por su parte, recordó el tema de la esperanza para Europa y de Europa al mundo. Exhortó a los europeos a no creer que se puede salir de la crisis solos y a no ceder al pesimismo, recordando el sentido de un destino común: «*La cultura de la unidad, afirmó, puede regenerar un alma en nuestra Europa*».

El alma de Europa se vio en los testimonios concretos, en la vitalidad y la determinación de jóvenes y jovencísimos. Es un alma que se pudo apreciar en las 144 ciudades europeas en las que se han llevado a cabo varias iniciativas y encuentros en paralelo. Desde la plaza del Campidoglio de Roma, hasta la sede del Consejo de Europa de Estrasburgo, desde Vilnius hasta Schengen, desde Praga hasta Madrid, desde Chisinau hasta Tirana, en 29 ciudades alema-

nas se pudo constatar que el viejo continente en realidad está viviendo una nueva energía para la solidaridad, el desarrollo y la unidad.

Cuando en la Iglesia universal preocupa la nueva evangelización, el avance aparentemente irrefrenable del secularismo, el ateísmo y la indiferencia, estas manifestaciones se alzan como signo de esperanza, como muestra, punta de iceberg, de un bien que está escondido en el océano del mundo en qué vivimos, pero que es más potente de cuanto podamos imaginar.

Si podemos imaginar a Dios en modo antropomórfico, con nuestros sentimientos, yo diría que como Padre debe estar contento, porque sus hijos, finalmente, están reconociéndose hermanos.

Termino esta reflexión como la he empezado: era una alegría vernos hermanos, disfrutar los unos del hacer de los otros, compartir éxitos y dificultades, y sentir que en esta ardua tarea no estamos solos.

<sup>1</sup> Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 16

<sup>2</sup> Web Comunidad S.Egidio: [www.santegidio.org](http://www.santegidio.org)

San Buenaventura... asegura con audacia que una persona avanza más espiritualmente en cuarenta días si no se detiene en los valles de las imperfecciones y de los pecados veniales, que otro en cuarenta años que sí se detiene...

¿Y en qué consiste la perfección? En vivir la caridad; «la caridad es el vínculo de la perfección», dice san Pablo (*Col 3, 14*); «que sean perfectos en la caridad», reza Jesús en la última cena, como recuerda el Evangelio de Juan (*17, 23*). Esa caridad que, si somos varios, como nosotros, se hace recíproca: «Os doy un mandamiento nuevo -dice Jesús-: que os améis los unos a los otros; que como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros» (*13, 34*)...

Vivamos, si es posible, el amor recíproco con todos.

C. Lubich, *Construir el "castillo exterior"*, Ciudad Nueva, Madrid 2004, p. 66.

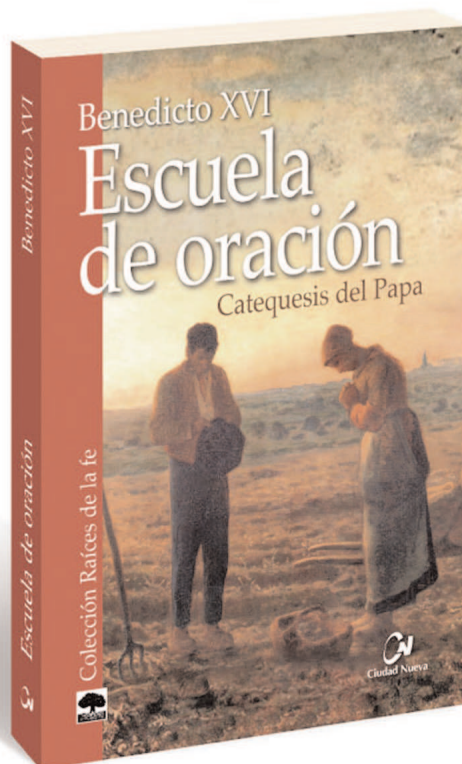
## ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

30. El amor de Dios Padre.
31. Vivir a Jesús que ora.
32. Propuestas de Pastoral Juvenil.
33. El Este europeo, más allá de las fronteras.
34. Fraternidad.
35. Martirio.
36. El amor sana.
37. Asís: diálogo entre carismas.
38. Esperanzas de inicio de milenio.
39. Habitar en armonía.
40. Evangelizar.
41. Caminar desde Cristo.
42. Fidelidad.
43. La Sabiduría.
44. Vida religiosa. ¿Respuesta a los signos de los tiempos?
45. De Subiaco a Montserrat. Monaquismo Benedictino en Camino.
46. El amor une.
47. El Rosario, camino de espiritualidad - I.
48. El Rosario, camino de espiritualidad- II.
49. La experiencia.
50. «Sed santos».
51. Un camino para la unión con Dios.
52. Laicos y religiosos juntos.
53. La vida religiosa y el corazón inquieto de Europa.
54. Caminar con Jesús en medio de los suyos.
55. La Eucaristía: llegar a ser Jesús.
56. Carismas para Europa y para el mundo.
57. Religiosos jóvenes en la vida consagrada.
58. Jesús abandonado y la vida.
59. La vida consagrada a la luz del carisma de la unidad.
60. La vida consagrada en el diálogo interreligioso.
61. Vivir la palabra.
62. La educación a la espiritualidad de comunión.
63. Sentir a Dios.
64. Mi noche no tiene oscuridad.
65. Carismas para la ciudad.
66. Misioneros: Evangelio y Cultura.
67. ¿Quién construye la ciudad?
68. Para ser la palabra viva'
69. Caminando con san Pablo.
70. Chiara Lubich y los carismas.
71. Siguiendo los pasos de María.
72. El Dios de Jesús, no otro.
73. Un sacerdocio para todos.
74. Transmitir el carisma.
75. Carismas: dones del Espíritu en una Iglesia-comunión.
76. En la tierra como en el cielo.
77. «Interioridad dilatada».
78. Vino renovado en odres renovados.
79. Iglesia «semper reformanda».
80. Carismas en comunión
81. Laicidad y carismas.

---

*Los números atrasados se pueden adquirir al precio de 2 € ejemplar.*

# Catequesis del Papa

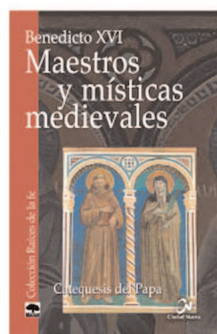
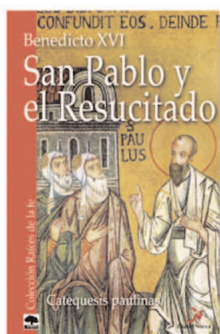
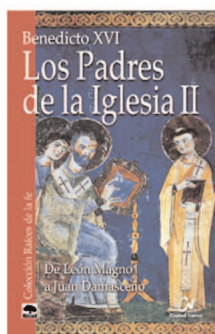
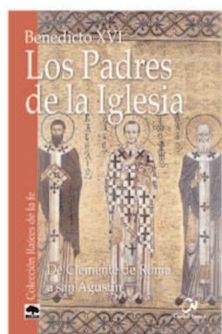


## Benedicto XVI Escuela de oración Catequesis del Papa

Desde estas páginas se podrá asistir a la “escuela de oración” que el Papa propone para colmar la necesidad de luz, la búsqueda de belleza y la nostalgia de eternidad presentes en todo hombre.

304 págs. 15€

## Catequesis de Benedicto XVI en Ciudad Nueva



Los Padres de la Iglesia - 272 págs. 14€  
Los Padres de la Iglesia II - 176 págs. 12€  
San Pablo y el Resucitado - 192 págs. 11€  
Maestros y místicas medievales - 352 págs. 16€

  
Ciudad Nueva

Adquiéralos en su librería, en nuestra página web [www.ciudadnueva.com](http://www.ciudadnueva.com)  
o llamándonos al teléfono 91 725 95 30